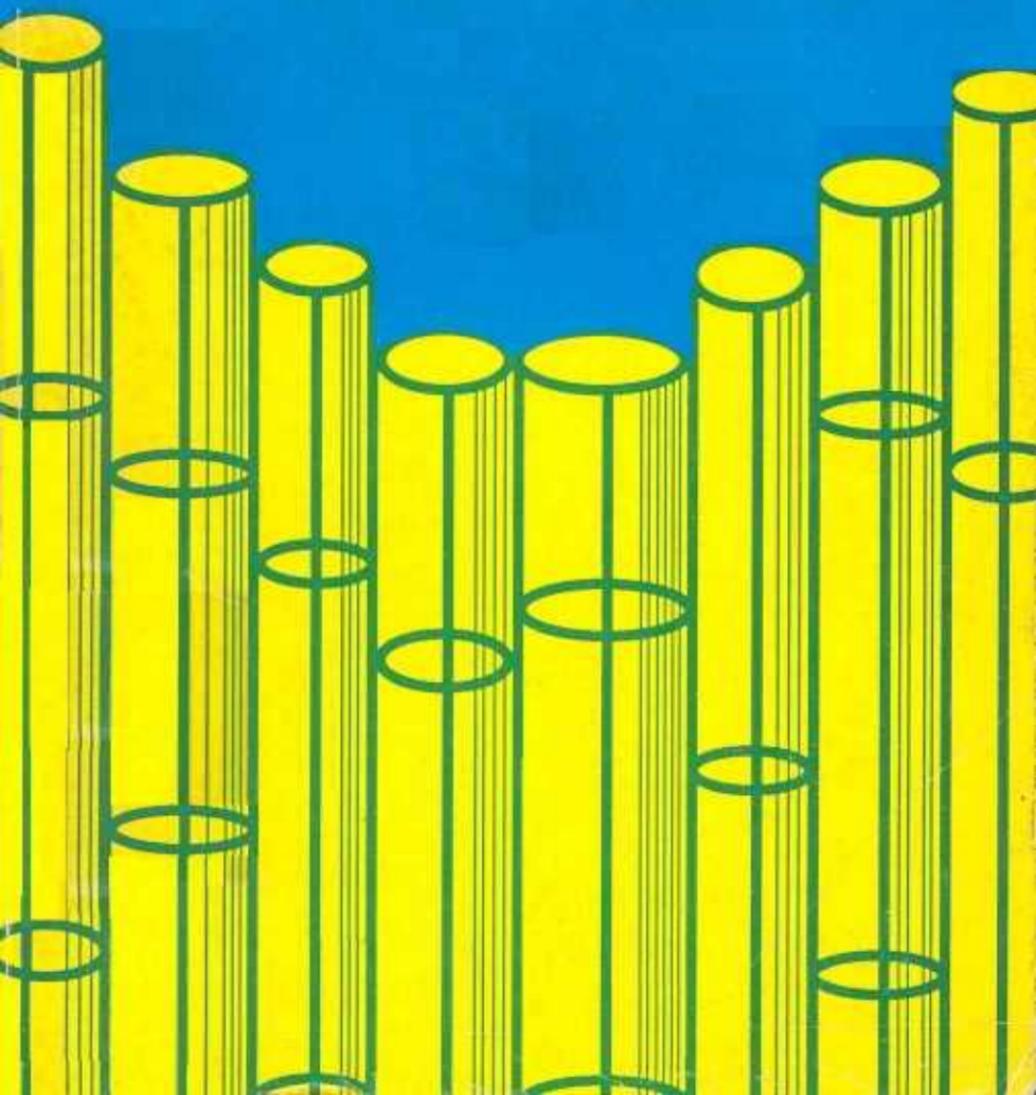


RAMON H. JURADO
SAN
CRISTOBAL



RAMON H. JURADO

SAN CRISTOBAL

NOVELA

PRIMER PREMIO
DEL MINISTERIO
DE EDUCACION
AÑO DE 1943



PANAMA
1994



MANFER, S.A.

© Ramón H. Jurado
— 3,000 Ejemplares
— Reimpresión
— Panamá - 1994

D.R. © 1991 Manfer, S.A.

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, archivada o transmitida en forma alguna o mediante algún sistema electrónico, mecánico de fotorreproducción, memoria o cualquier otro, sin el previo y expreso permiso por escrito de la Editorial Manfer, S.A., Apartado N° 1899, Panamá Rep. de Panamá.

Impreso en Editora Sibauste, S.A.
Tel. 29-4577 Fax: 29-4582

– a *Jilma Raquel*

Las ocho de la mañana, supongo. El sol asciende entre nubes densas y un venticelo fresco corre de Norte a Sur Principia Abril. Del caluroso Marzo sólo queda la tierra polvorienta. Aún puede continuar firme el verano, mas esta brisa húmeda y los marañones florecidos anuncian lluvias para fin de mes.

Sobre la puerta que da a la carretera, un letrero manchado por el tiempo advierte:

INGENIO SAN CRISTOBAL

Nunca antes supe de su existencia. Un lejano recuerdo, hasta hoy dormido en mi memoria, aflora con todas las lagunas y nebulosas en que se esconden las emociones infantiles. Sí: catástrofe hubo. Algo horroroso de lo cual se habló largo.

Ahora, ante el paisaje impresionante, pienso que tal vez rue éste el lugar de la tragedia: en frente, un poco más abajo, el cauce sin aguas de una acequia; los llanos, a muchas millas, se tñen con manchones negros; el pasto no prospera y sólo hay una que otra mata de escobillares morenos tiznando el viento. En la hondonada, rodeando las ruinas chamuscadas del Ingenio -altorrelieves humanos de la llanura-, unos ranchos que parecen deshabitados.

Vaya a San Cristóbal, Chelapá sabe! Vaya a San Cristóbal, Chelapá, sabe!

El mismo tono; la misma noticia; la misma dirección.

Estoy en San Cristóbal, y comprendo; sólo un sitio como éste podía cobijar al genio desesperado de mi hermano. Fue siempre un romántico aventurero para quien la vida se redujo a emociones. Jamás me habría tomado el trabajo de buscarle, de no ser por el sufrimiento de mi madre. Todas las tardes solía aguardar en la tranquera hasta cuando las sombras avanzaban. El camino hacia otras partes se iba largo, misterioso, y Ricardo no volvía.

Pero más que todo, lo que al fin empujéme a desandar sus pasos, fue el silencio que envolvió su partida. Un silencio desesperante, como hecho de voces ahogadas.

-Quien abandona la tierra, la casa y los suyos no tiene perdón- había dicho mi padre.

Y nadie volvió a hablar de él.

Una noche fui a las trancas del corral. Sobre la última vara medité. Entonces me asaltó un serio temor: "Ricardo no regresará jamás porque..." Aquella vez resolví ir por sus pasos y traer a mi casa la verdad...la paz.

Tres meses de constante búsqueda señalan este lugar como la última etapa de mi jornada. Pero empiezo a dudar. Al trasponer ese viejo portón lleno de herrumbre pienso que aquí todo ha concluido....Mas no! Hay vida: la viejecita aquella, con su enagua de listado...podrá decirme algo? O tal vez aquel hombre del machete terciado? Quiera Dios!

Sólo ellos parecen quedar del pasado. Son como inconscientes figuritas que se mueven con la vista fija en el suelo, sostenidas por los reflejos de algún recuerdo feliz.

-Buenos días señora.

-Güenoj diaj a too güen cristiano que venga por aquí.

Va hacia un lavadero cargando un balde de ropa. Y sigo con ella.

--Señora, sabe usted algo de un muchacho llamado Ricardo Gómez?

Me mira por sobre muchos años: antes de contestarme rememora los cañaverales y caminos de ayer.

—Ricardo Gómez, dice? Era esa su gracia? Güeno, yo no m' acuerdo bien. Er Chelapá debe saber.

No quisiera dejar a mi viejecita, mas pienso que nunca estará sola, Su canto de siempre le acompañará.

Vivirá mi hermano? Hace tiempo me atormenta la pregunta. Qué decir a mi madre, caso de volver sin él? Seguirá yendo a la tranquera, como seguramente irá esta tarde cuando el sol brille sobre las palmas del corral? Y pensar que Ricardo y yo nunca fuimos realmente hermanos. Entre nosotros hubo cierta desconfianza que nuestros padres nada hicieron por destruir. Verdad es que mi madre lo quería más a él. Con todo, su suerte no me alegra. Creo que debe existir.

Una tarde hojeaba yo una revista cuando lo supe frente a mí. Levante la mirada y tropecé sus ojos negros.

Me dijo:

—Joaquín, ve a las trancas y espanta al Bayo.

Los dos sabíamos que el Bayo no estaba allí: hacia quince días lo había trasladado mi padre al potrero del llano. Sin embargo, fui hasta las trancas.

El Bayo no está, Ricardo— le contesté a mi regreso.

Sonrió. Esa vez, algo muy íntimo, oscuro, me pidió que huyera.

Qué habrá sido de él? En qué oscuro final desembocó esa fuerza que brillaba en sus ojos? Si realmente ha estado en estas tierras, encontraré sus pisadas. Dejaba siempre imborrable rastro.

§ • §

—Buenos días, señor!

—Güenoj diaj. forastero. Adentre.

Hay en el ambiente una misteriosa quietud. El venticelo ha muerto y sólo le sobrevive una hoja disecada que logró

clavar en un alambre. En la faz de este hombre también se refleja una profunda calma, como si no tuviese recuerdos o fuera amnésico desde hace mucho tiempo. Pienso que es inútil preguntar. Pero, en fin, yo abandoné mi casa dispuesto a hacer el tonto.

Quisiera saber— digo al hombre —si usted puede darme razón de un tal Ricardo Gómez.

El campesino, como si estuviese esperando mi pregunta responde en el acto:

—Güeno, argo sé pero es na ar lao der Chelapá! Vaya no maj.

De nuevo Chelapá. Hace días ya que busco y siempre el mismo nombre.

—Dónde vive?

—Ahí, cerquita. Coja el trillo ese—señala con la mano—, por este lao. Depuej que pasa una zanja sin agua, er rancho d'enfrente. Allí ej.

Sigo las indicaciones del hombre. A mi espalda queda su rancho silencioso y su cara inexpresiva. La zanja índice está realmente seca. No es profunda. Seguramente murió veranos antes. Frente al tronco usado para cruzar, el rancho.

Chelapá...Chelapá! Por qué conoce mejor que todos la vida de mi hermano? He notado que aquí temen referirse al pasado. Hay un secreto colectivo que se empeñan en guardar. Un mutuo esfuerzo por aferrarse al olvido. Cuando pregunté a la viejecita supe que luchaba por encontrar la respuesta. O, mejor, por no encontrarla. Es que estaba segura de que allí nadie le preguntaría por el pasado. Y al interrogarla yo, un desconocido, por cosas de ayer, cerrando los ojos miró hacia adentro. Y no contestó. Temía.

Qué aconteció a Ricardo Gómez? Ella sabe. Todos saben. No pueden desconocerlo. A propósito callan, suponiendo quizá que yo necesito su secreto. Por qué? Por qué ese miedo a los recuerdos? Yo he venido por él y debo llevarme aunque sólo sea un poco de la estela triste que ha debido dejar tras de

sí. Mas... no estoy hablando como si mi hermano hubiera muerto? Qué fuerza poderosa me lo sugiere?

Quién era Chelapá? Qué podrá decirme? Por qué sólo él puede hablar de mi hermano? Ah! No me gusta San Cristóbal. Desde que crucé sus límites no he hecho más que formularme preguntás. Interrogaciones casi siempre tontas de mucho repetirías, circunloquios, disparos, en fin, hacia otros horizontes, cuando en el fondo sólo hay una preocupación, un deseo, una necesidad: Vive Ricardo Gómez?

Frente a este rancho de ruda simetría y discretas proporciones, experimento la sensación del hombre que va hacia el árbol que se yergue en la llanura. Chelapá! El mismo ha cobrado también dimensiones de secreto poderoso. Su cercanía me llena de ansiedad y temor a un tiempo mismo, y trato de ordenar mis noticias en torno a Ricardo.

§ • §

Conocí personas que se dijeron sus amigos, aunque muy poco sabían de él. Sus informes no pasaban de ser superficiales, físicos. Sólo cuando yo dudé alcanzar la verdad que explicaría a mis padres, di de golpe con el único amigo que realmente ahondó a Ricardo. El hecho de que me pareciese extrañamente a mi hermano fue lo que lo impulsó a detenerme un día.

—Oiga—dijo—usted es Gómez, verdad ?

—Sí, soy de apellido Gómez—respondí.

Pronto supo que era hermano de Ricardo, y entonces me contó.

—Me hice su amigo como ocurre a menudo en Panamá: sin que mediara razón alguna. Era una noche de Marzo. Sobre una banca del Parque Amador, diagonal al Cuartel de Bomberos, distinguí a un hombre solitario que se entretenía mirando la luna. Causóme sorpresa el hallazgo, no tanto por la avanzada de la hora—serían las dos de la madrugada como por lo extraño del caso: no son cosas del panameño, usted sabe, la soledad ni la contemplación. Tanta verdad es lo que digo, que

yo, solo también esa vez, busqué la compañía de un desconocido por la razón sencilla de que la soledad y el silencio me desesperaban. Así nació nuestra amistad.

—Otra noche deambulaba bajo el peso de mi bohemia intrascendente. No había luna y los últimos vagabundos meditaban en sus cuevas. Fui hasta la banca conocida y allí estaba Ricardo, misterioso siempre, haciendo nudos con las reflexiones.

—Buenas noches.

—Ah, usted —saludó.

—Hablamos. Frases cortas, agudas, me esbozaron un tormento interior, tal vez un pasado angustioso; pero todo fue diseños. Casi nada supe, ni me atreví a preguntar. Aquella noche las sombras blanquearon sobre el Ancón cuando nosotros íbamos hacia nuestras cuevas.

—Pasaron luego ocho días sin verlo. Un tanto inquieto fui hasta su casa, mas no lo encontré. Al noveno me atreví a forzar la puerta de su cuarto. Sobre la mesa única encontré un escrito. Por él supe que estaba enfermo, que lo acosaban preocupaciones de familia.

“...Momentos hay—decía—en que me asalta el recuerdo de mis padres. Qué será de ellos? Guardará para mí la viejecita pedazos de tortilla en la alacena? Y mi hermano, que habrá sido de él? Cómo siento ahora que lo quiero. Falta me hace esa otra vida, hoy, que ruedo por zaguanes sombríos y muladares, confundido con el sucio de los tinacos! Por vez primera empiezo a temer: me espanta la posibilidad de que esta tragedia me enloquezca. Qué sería de mí en un manicomio...? «

—Guardé el papel—continuó mi interlocutor—y desanduve la escalera sin conseguir a Ricardo. Días más tarde dejó sobre la mesa otro largo escrito. Me asombró saberlo débil e ingenuo. Entre otras cosas decía: “...iba en busca de soledad. De paz para mi cansancio. Pero pienso que el mundo sabe del mal que padezco. Eso me desespera. Quiero estar solo con mi

dolor; que nadie me ayude con consejos. Quiero mi dolor únicamente y por ello busco la soledad."

-Jamás volví a verlo. A veces, pensando en él, me he dicho: desapareció Ricardo Gómez. Las sombras le ayudan y probablemente huye a cumplir su destino, a depositar su fardo de dolores en tierras más propias para el sacrificio. Quisiera correr tras él, buscarle, pero no lo haré. Es necesario que no lo haga. Nos tropezamos en circunstancias accidentales y nos separamos como si hubiésemos vivido el capítulo primero de una novela que nunca se escribirá.

Cuando el amigo de Ricardo terminó su historia. comencé a sospechar la verdad.

§ • §

Este rancho frente a mí, de tosca estética, guarda, sin duda los últimos detalles de su vida.

Chelapá! ! ! Una ligera sensación nerviosa me puya: cómo será? Qué clase de vínculos lo atan a mi hermano?

-Buenos días-digo ya en la puerta de la casa.

Nadie contesta. Sólo el viento zumba en el bajareque de la ranchería.

-Buenos días -repito casi gritando.

Una voz profunda llama desde lo alto del rancho.

-Petita! Petita!

-Ya voy, ya voy-contestan desde la otra parte de la casa.

Casi enseguida aparece una mujer que se sorprende al verme. Reponiéndose me dice:

-Buenos días.

La miro fijamente. Horribles marcas de quemaduras cubren gran parte de su cuerpo. Cruelles cicatrices le deforman el rostro. En partes-sin carne-la epidermis sólo cubre las venas que se notan tensas. Al verla me asalta la misma impresión que recibí cuando crucé el viejo portón de hierro: todo

aquí es recuerdo; vestigio de un pasado que debe contrastar con el tono oscuro de estos cuerpos, de estos campos. Y el espíritu de estas gentes, ¿tendrá también ese último color que tienen los troncos que arden toda la noche? Quién sabe... Pero cada vez me parecen mas pequeñas las figuras que se mueven en este paisaje sombrío.

Molesta, porque comprende mí asombro, me pregunta huraña:

-Bueno, y qué busca?

-Mire usted; me han dicho que aquí puedo encontrar al señor Chelapá. Es que...

-Sí, aquí es, pero no está ahora mismo-corta la mujer con un correcto acento urbano.

-Desde el jorón, entre un chillar de esteras, la voz gruesa inquiere:

-Petita, quién es?

-Un forastero que busca a Chelapá.

-Dónde puedo encontrarlo? -insisto.

-Allá en el monte. Detrás de las palmeras que se ven por este lado. Pero mejor aguarde. En cuanto comience a bajar el sol regresará.

Cruzo de puerta a puerta el rancho hasta la ranchería. Va el sol derecho al cenit. Un perro que dormía bajo la barbacoa, gruñendo perezosamente, se levanta y camina hasta la cerca que bordea la zanja. Más allá de la cerca el campo se abre extenso mostrando a veces ligeras ondulaciones. Cerca a las ruinas del Ingenio quedan, solitarios y enhiestos, unos bambúes. De ellos llega a ratos el trino de un bimbín o el cantar chillón del chango. Hacia la izquierda, siguiendo el mismo campo que muestra largos manchones negros, hay dos grandes pilastras de concreto que sostienen un tanque de zinc. A él se llega por una carretera muy bien cortada que corre serpenteando hasta esconderse en el horizonte radiante. Son los comienzos de grandes llanos. Se notan roturas como

surcos. El terreno es arcilloso y huérfano de toda vegetación. Sobre la superficie aparecen caprichosas estacas como colocadas al azar. Seguramente hubo alguna cerca, pero no hay ganado. Tampoco alambres. Ni se presiente el discurrir de un río.

Cuando doble Abril y Mayo avance, a las primeras lluvias seguirá el verdear de la yerba que brota. Primeramente sólo será césped que cubrirá todos los manchones pardos. Pero continuará lloviendo y el césped crecerá, hasta el día cualquiera en que un fantástico yerbatal dance al ulular del viento con ritmo de cadera montuna. Lluvia tras lluvia hasta la noche de Santa Rita, cuando ya todo sea ciénagas. Se inventarán entonces canales por donde las aguas irán sólo por correr. Y en la noche habrá una letanía de sapos; llegarán hasta el mismo rancho, se meterán en las hornillas y uno más ágil amanecerá sobre la barbacoa.

Esto debe ser así. Ah...! Cómo se ven lejanos aquellos cerros. Son los Andes prolongados. Aquel que se levanta agresivo es el Picacho de Olá, siempre neblinoso. Dicen que a su sombra está el charco de la Campana de Oro. Leyendas...! En la misma dirección, pero mucho más cerca, se encuentra el Cerro San Cristóbal, solitario e intensamente azul. Siempre inicia la temporada de quemas, incendiándose sin que nadie sepa cómo. Hacia el Sur, haciendo límites a estas tierras cercanas, está el Cerro de los Gatos, chato y sin vegetación. Más al fondo, el Vigía, en cuya cima descansa una vieja cruz de madera, que los vientos respetan, para "consuelo de navegantes y caminantes que pasan por este Valle de Ligrimas."

§ • §

Aún impera el silencio. La mujer lava unos trastos. Constantemente hace menudos viajes hasta la hornilla que está en el suelo. Extraño fogón éste: un hueco hecho en la tierra, conservando mesurado declive: comienza en la superficie y termina como a tres cuartos de pie, tierra adentro, en una distancia de medio metro. Sobre la parte más profunda se cruzan varillas de metal y todo el largo del declive se llena de

leña, que, encendida, envía la llama exactamente sobre el fondo de la olla.

—Ya está doblando el sol— me advierte la mujer, mientras toma una vasija de loza para llenarla de caldo.

Medio día en punto. El sol cae perpendicular. No hay brisa alguna. La tierra lanza bocanadas de vapor. Silencio profundo. Se apodera del cuerpo una laxitud deliciosa: no se levanta un brazo, no se mueve una pierna, los párpados pesan mucho, y, siempre, el cuerpo tiende a dormitar.

Rato después—a las tres, supongo—despierto. Probablemente la mujer pasó varias veces junto a mí sonriendo con su risa quemada.

—Ya no demora—me dice—y me ofrece un ligero almuerzo que acepto sin ambages.

Fumando salgo a la cerca que rodea el rancho. Casitas de paja, dispersas por toda la hondonada, parecen altorrelieves. Comienzan a verse síntomas de vida. Las gallinas salen presurosas, cacarean y levantan una nube de polvo. Un puerco majadero, chilla. Y a veces una mujer sale para volver a esconderse.

En eso, poderoso, fino, vibrante, desde donde comienza el llano, se levanta un grito que llena toda la tarde como un canto agónico del sol en desangre. Es la saloma que salta al espacio con un cortejo de lances y leyendas quebrando acentos sobre el lomo de los cerros, en los arenales de los ríos, en la hojarasca de los cañaverales largos y llorones, cobrando fuerzas a cada nuevo recodo del camino para perderse por el Sur, sin dejar más que una fugaz estela de tristeza.

Sin esperarlo, la mujer explica:

—Ese es Chelapá. Siempre saloma cuando sale del monte. A más tardar en una hora estará aquí.

—Ajá! Muchas gracias.

Después de esperar todo un día, me parece que ese hombre nunca llegará, y me voy a su encuentro. Atardece

violentemente. Tras la cordillera lejana, el sol, mordiendo al último cerro en su partida, moja las nubes peregrinas en el eterno desangre de Occidente. El campo, colmado de esa paz bucólica que sólo rompe el chillido de los changos desde el bambú distante, tiene un suave tono amarilloso. De pronto, pequeñito, confuso, un bulto, allá por donde termina la última vuelta del sendero. Chelapá.

Mis nervios se ponen de punta. Quiero sentarme. No. No. Mejor corro hacia él. Tampoco. Tengo que mostrarme tranquilo. Aquí, frente a estos cerros que corren hacia el Sur, le preguntaré. Se acerca. Llega el chillar de los changos. Hay quienes dicen que cuando el chango canta tres veces seguidas algo malo va a suceder. Ha vuelto a cantar el pájaro. Las sombras van lentamente borrando las formas de las cosas. Una melancolía- laxitud, mejor-irresistible llega al alma. Los tobillos pesan. El llano -regazo cariñoso- se extiende acogedor. Me siento. El hombre que viene se agiganta. Inmenso. Aún las sombras no lo tocan. Cincuenta metros... Qué le diré Cuarenta ... Será Chelapá? Veinte... Veinte...No se qué decir. Ya está. Brinco desde la vera del camino y casi grito:

-Buenas tardes!

-Buenas tardes-me contesta.

-Señor...

-Diga usted- responde pausadamente.

-Mire... Yo busco a un señor llamado Chelapá...

-Así me llaman.

-Mi nombre es Joaquín Gómez.

Esperaba sorprenderlo. Pero nada me demostró que la similitud de apellidos significara algo para él. Me había equivocado? Mas el hombre hizo además de seguir caminando, y me puse a su lado. Ya la cordillera se borraba. Era un bulto largo sobre el que iniciaba balbuceos el primer lucero de la tarde. De lejos llegó quedo un golpe de campanas: El Angelus.

Mientras caminamos, en la tristeza de la tarde, mi acompañante inicia el diálogo:

-Mi nombre es José de la Paz Guevara.

-Y le dicen Chelapá.

-Así es, señor.

-He venido desde lejos—explico—. Llevo tres meses en la búsqueda de mi hermano y creo que ya toca a su fin.

Nos aproximamos al rancho. El me oye silencioso. Sus pasos conservan la misma longitud.

-Después que hable con usted, mi misión habrá terminado. Quiero saber qué ha sido de Ricardo Gómez.

Deteniéndose, me mira indiscretamente. Luego me indica que calle. Pero mis nervios, mis insoportables nervios, me obligan:

-Dónde está Ricardo? Dónde está?

Enérgico, exclama:

Cállese! —y deja caer pesadamente su mano sobre mi hombro. —Luego hablaremos.

Estamos frente al rancho.

§ • §

Es de noche. Chelapá, acercándose, me dice:

-Venga usted conmigo.

Salimos del rancho y tomamos el camino que lleva al portón. La noche es inmensa, llena de horizontes. Abril corre cálido y sensual. La luna, enorme, de un rosado ligero, asciende lentamente. Nubecillas blancas le coquetean correteando de Norte a Sur. El cielo, sin estrellas, es una sola claridad. No hablamos. Diríase que vamos tras nuestras sombras que huyen. Llegamos a la puerta. Sobre la paredilla que hace de defensa a un puentecito, tomamos asiento. Chelapá saca la pipa y humea. Yo prendo un cigarrillo.

-Dijo que era hermano de Ricardo Gómez?

-Sí señor.

-Qué tiempo hace que no lo ve?

-Aproximadamente ocho años.

-Y cómo es que ha llegado usted hasta mí, señor Gómez?

-Preguntando. Salí de mi casa con un encargo especial: encontrar a Ricardo. Y todos me dicen que usted es quien mejor puede hablarme de él.

-Hay uno que podría hacerlo mejor.

Pienso que se burla, y me incomodo. Pero sigo su juego.

-Otro? Lo dice usted en serio? Quién es?

-Ricardo Gómez!

Sin que el hecho me sorprenda, respondo:

-Pero Ricardo Gómez está muerto, señor.

-Vive. Claro que no como usted y yo, pero aún respira. Es una piltrafa humana. Dos años hace que muere lentamente. Horribles quemaduras lo consumen sin que lleguen a cicatrizar. Su cuerpo se desintegra y sólo su espíritu le sobrevive turbado por una neurastenia aguda. Del jorón no baja y ha perdido por completo la memoria. Únicamente recuerda un nombre: Petita, la muchacha que murió por salvarlo. Las más de las veces está solo, pero hay noches en que me llama y entonces subo. Hablamos, hasta que dándome la espalda, esconde la cara entre las manos, de frente al techo que baja. Sé que es suficiente. Mi mujer es la que más lo trata.

Quedo anonadado. Como sonámbulo digo, luego de haber pensado en mis padres:

-Sí, soy su hermano.

-Y qué piensa hacer ahora que lo ha encontrado?

Chelapá clava en mí sus ojos pequeños. Por primera vez advierto, entonces, su figura. Le noto la nariz ligeramente curva y una boca grande de labios gruesos. Además, unos hombros anchos y toda la fuerza del campo en su frente extensa.

-Llévámelo. Llévárselo a mi madre!

-Ja! Ja! Llevarse, dice? No comprende usted que Ricardo, no bajará más de ese jorón? Que para él no hay más mundo que San Cristóbal y no tiene más familia que el nombre de Petita? Que si estuviese sano tampoco se iría porque cuerpo que chupa San Cristóbal es cuerpo que se pierde ? Ah...!

-San Cristóbal, dice?

-San Cristóbal...!

Repentinamente, prosigue:

-Vio usted esos ranchitos, las personas silenciosas, aquellas pilastras de concreto, las ruinas chamuscadas...? Todo esto, todo esto...

Y, como un loco grita con todas las fuerzas:

-Ricardo! ! Ricardo! !

La voz brinca poderosa. Partiendo la noche en dos, hace trizas las estrellas que burbujan sobre mis nervios; porque tiene toda la vibración del trueno, el fragor del derrumbe..., es toda desesperación.

SEGUNDA PARTE

Por un trillo abierto sobre el pecho verde del cañaveral viene una carreta: son treinta y cinco quintales de caña y un hombre que nada importa. La carreta se va y sólo queda el trillo blanco transpirando polvo sobre el pecho verde del cañaveral. Esto es San Cristóbal.

CAPITULO I

Doña Rubiela. Doña Rubiela? No! Rubiela a secas! Es tan joven, es tan hermosa que el trato levemente respetuoso la marchitaría. Además, esa mirada inquieta confiesa un carácter hecho para degollar contratos, sugiere la soberanía del sentimiento.

Piensa. Nuevamente la visita una idea obsesionante: el tiempo. Cómo vuela el tiempo! De Pascuas y Año Nuevo sólo conserva el eco de unas burbujas de champán y la música alegre de risas conocidas. No puede explicarse por qué imagina al tiempo como un monstruo hecho para domar lo bello. Y si hay algo que no puede soportar, porque toca sus nervios y la desespera, es esa soledad, ese silencio de un atardecer en San Cristóbal.

Frente al espejo musita algo entre dientes. Sus manos van unas veces al cabello, negro y espeso, de aires selváticos, otras al aro inconcluso de sus cejas; caminan lentamente por el rostro hasta saludar con cariño la boca sensual de labios conversadores. Sus manos son inquietas.

Falta poco tiempo para la hora de cenar. Su esposo, el señor Dasalla, todo ceremonias, la ayudará al sentarse.

-Buenas noches, Nena!

A un lado, Teddy, con su carita burlona, dirá:

-Mamy, tengo sed, dame agua.

Más tarde, cuando la noche entre, se irá tornando insoportable.

—Cuéntame algo mamy, sí. Cuéntame, que tengo sueño.

De tanto repetir la misma historia, con frecuencia se dormía ella antes que él. Tres meses de “buenas noches Nena” y de referir cuentos la aguardan. En este monte inhumano, qué ha de ser de sus preciosas piernas, con tantos mosquitos?

Esa progresiva desesperación que empieza a ahogarla no es otra cosa que el pegajoso silencio que suda la noche de San Cristóbal. Ah, qué curioso! Sí, esa arruga, allí, hacia el canto de los ojos. No, no es la única. Hay otras, delgadas, como delgadas hebras vivas... Antes de que le apareciese la primera, allí bajo el párpado inferior, fue su encuentro con Fred. Alto. Delgado. Nervioso. Excesivamente sensual. Cuánto tiempo fue su amante? Dos meses... ¿Un mes quizá? Cierta día, aburrida, defraudada, se alejó. Supo luego que él, unas veces hiriendo el castellano, otras en un tosco inglés de explotador, preguntaba por ella. Y una noche—estaba de vuelta—en que distraída miraba la sencillez del mar abierto frente a la terraza del Club, despertaron su lejanía unos pasos que se detuvieron junto a ella. Era él, con sus ojos distantes, como enfermos. Dijo a su marido:

—Señor Dasalla, me permite bailar con su esposa? Don Eduardo, como siempre, le dejó a ella la respuesta:

—No Fred, estoy cansada.

Por momentos sintió miedo. Tuvo la certeza de que Fred se vengaría. Pero se fue—uno, dos, uno, dos,—como si caminara hacia un pelotón de fusilamiento. Se dijo que el pobre yankee sufrió mucho. Qué le importaba a ella? Acaso estaba en la obligación de querer a todos los hombres? A la porra con ellos!

Y esta otra arruga...? Dios mío, son las siete! Las siete y sin terminar! Ay Dios, sin duda Eduardo está en la mesa!

Unos golpes suaves la sorprendieron.

—Mamy, bajamos? Ya papaito se sentó.

-Si, enseguida.

§ • §

Un amplio comedor, forrado en tela metálica. De vez en cuando la brisa suena melodiosa al colarse entre los finos alambres. A ratos se oye rodar una rama seca de bambú.

Don Eduardo Dasalla, en la cabecera de la mesa, habla:

-Nena, la otra parte del equipaje llegó hace rato. He dado órdenes de que lo bajen.

-Magnífico. Que tengan cuidado: es la loza. Mañana arreglaré la casa...

El señor Dasalla, decididamente en vena, prosigue:

-Nena: dentro de una semana comenzará la zafra. No sé por qué me encuentro un poco nervioso. Quizás se deba a la dificultad que hay en conseguir peones, pero estoy pensando traer colombianos; trabajan bien y además están acostumbrados a ganar poco. Por otra parte, la semana pasada el señor Ministro me dijo que él me arreglaría eso. En cuanto me avise decidiré. También hay otra cosa que me molesta: no podemos producir más de treinta mil toneladas en esta zafra. Si conseguimos toda la gente que he mandado a buscar a Las Guías, Cañazas, San Francisco, Remedios, La Peña, no necesitaremos de los colombianos. Lo que no me explico es la necesidad que tiene el gobierno de importar azúcar. Nosotros podemos producir muy bien—con la ayuda de los otros dos ingenios que funcionan—todo lo que la República consume. Ahora mismo, hay sembradas unas quinientas hectáreas de caña, pero el ingeniero Richardson, aquel portorriqueño que venía del Brasil—te acuerdas? me aseguró que podríamos producir en cuatro años el doble. Sólo hay que abonar un poco, muy poco. Desde que sembramos el Palotar y ahondó por el Seco, no se ha abonado ni removido la tierra. Sé por unos catálogos que he recibido, que en Nueva York se consiguen abonos a buen precio.

Hace una pausa, y continúa:

-Ah...me olvidaba. Conversando con el contable, me

informó que si no queremos perder caña tendremos que restringir la compra a los colonos. Quizás esto nos traiga ciertos disgustos, Pero, qué podemos hacer...?

-Cómo piensas restringir la compra, Eduardo?

-Muy fácil. Calculamos que ellos tienen sembrado alrededor de unas diez mil toneladas. Les recibiremos cinco mil y diremos, por ejemplo, que la caña no es buena; que no podemos prestarles transportes, o si no, dejaremos para la última semana de la zafra el recibo de esta caña. Quizás llueva y la caña se dañe. O también podemos incendiar uno de nuestros cañaverales—por ejemplo, el número dos del Seco—y, para evitar que se pierda esa caña quemada, tendremos que acarrearla rápidamente. Por otra parte, ellos la pueden utilizar como alimento. Les diremos, eso sí, que el próximo año la recibiremos toda. Viéndolo bien, es necesario que ellos siembren porque nosotros nunca sabemos cuánto pueden producir nuestros cañaverales. Sólo cuando el corte ha comenzado es posible lanzar algunos cálculos.

Voces y gritos repentinos interrumpieron la explicación de Dasalla... Eran voces de borrachos.

-La gente que hemos mandado a buscar—observó don Eduardo.—Sería bueno echar un vistazo.

-Afuera debe hacer frío. Buscaré un abrigo—dijo la mujer, levantándose de la mesa.

Teddy, cabeceando ligeramente, murmuró:

-Mamy, tengo sueño.

-Ven, te llevaré a tu cuarto.

§ • §

Con todo el brillo de la luna de Enero; llena del vuelo fantástico de meteoritos; trayendo el resplandor de una fogata lejana; sobre las ancas el grito de algún pájaro insomne; pintando la nerviosidad de una rama seca que se va a caer; mojada en el gemir del Norte que corre veloz sobre los techos de los ranchos, llega la noche a San Cristóbal.

Con paso lento, Don Eduardo y Doña Rubiela marchan hacia los que llegan. Cincuenta metros más abajo acaba de detenerse un camión. De él saltan hombres que gritan y se empujan. Algunos caen escandalosamente. Luego caminan hacia un sitio cualquiera y sueltan cosas que traían sobre la espalda. Don Eduardo, como a veinte metros del grupo, llama al conductor:

-Cómo ha sido el viaje, Campos?

-Regular, señor. Malo el camino, pero entramos siempre. Conseguimos treinta hombres.

-Son pocos.

-Cuando avance el verano y los caminos sequen iremos más adentro. Entonces traeremos más hombres. Si no llevamos plata y aguardiente ninguno hubiera venido.

Dasalla, el ceño contraído, piensa para sí: Imbéciles. Estúpidos. No poder convencer a esos cerdos desgraciados. Pero vendrán. Por las buenas o por las malas. Inicia un movimiento de retorno, cuando el hombre lo detiene:

-Señor, y con esta gente, qué hacemos? Los llevamos al Cerezo o los dejamos aquí?

-Déjelos aquí! Mañana ya veremos.

Los hombres se acuestan sobre el suelo frío, al amparo de la galera vieja.

CAPITULO II

-Eduardooo! Edurdooo!

El grito cruza el campo derecho al tímpano del hombre que va a caballo.

-Quiuboo!

-Vas P'al Cerezoo...?

-No! Par Palotar.

-Vorvé antej del Domingo. Acordáte.

-Güenoo! - concluye Eduardo Herrera, y dobla el recodo que da el camino en cuanto uno acierta a cruzar el puentecito.

Caballo fino ese alazán de la Hacienda. Luce bien con su nueva montura chiricana. Dos cosas siempre han preocupado a Eduardo: potro fino y sogá fiel. Ya tienen fama sus lazos: doce años de trabajo en la Hacienda le han hecho el mejor vaquero de esos contornos.

Como caporal que era, su vida la pasaba entre las reses y los cañaverales: curar ganado; cambiarlo de potrero; sembrar la caña; dirigir el corte; ponerle precio a las carretadas, todas estas eran cosas en las que Eduardo tenía que intervenir.

Cuando en el invierno las aguas del cielo y del río obligaban a las gentes al éxodo y no quedaban más que unas cuantas personas alrededor el Ingenio, sólo Eduardo cruzaba

los montes y llanos solitarios sacando ganado de los atascaderos, reparando los portillos de las cercas, marcando las tembladeras. Y únicamente por unas cuantas semanas visitaba su familia allá en Las Guías, campito escondido en un hueco de la cordillera, terriblemente caluroso en verano porque las brisas no le tocan, y de una frialdad malsana en el invierno. Allí, se dice, todos mueren tísicos.

Hacía mucho tiempo que, durante el período de la zafra, gente bajaba de Las Guías al Ingenio, trabajando dos o tres meses, con lo cual garantizaban—modestamente— la próxima siembra. En una de estas veces bajó Eduardo. Fue de los que nunca más volvieron a su campo. Es decir, no volvió, como los otros a trabajar, a seguir viviendo en donde había nacido, sino que regresaba—dos o tres semanas cada año— como turista: a ver, conversar, a saludar, a darse cuenta de los que habían muerto y de los nuevos "ajuntados". Como quien dice, para no perder todo contacto con su gente. Pues en cuanto lo tocó San Cristóbal se sintió fascinado por ese Ingenio grande y rojo, poderoso y gritón. Con su diminuta estrella en el techo, a manera de veleta inmóvil. Con sus enormes ruedas que giran y giran.

Ahora, muchos años después, cuando en los atardeceres San Cristóbal llama con su grito estentóreo que se pierde saltando de cima en cima, siente un malestar profundo. Se le hace que es la tierra, la caña, que son los montes que claman en una saloma desesperada que hace temblar las aguas de los ríos lejanos y que acentúa el titilar de las estrellas tempraneras. También lo atrae con fuerza desconocida ese río que corre más arriba, ancho y sereno, mojando las tierras del Seco y el Cerezo. Y es vida, en plena zafra, ver subir del mar al viejo Chuzo con su carga de pescado.

—Oye Chuzo, una amarrita de a tres! —gritan sobre una orilla.

El viejo palanquea fuerte, deja el centro sereno de las aguas y se aproxima al barranco.

—Aquí tiene, pué.

Vende y enfila corriente arriba, en medio del griterío que llega desde los barrancos. Eso es vida. Y la caña? Y la caña? Ah! Millas y millas tiesas en surcos uniformes. Cañaveral, largo y bullicioso: manto verde que teme al viento y que llora cuando lo siente venir. Cuando rumbo al Palotar a todos lados del camino le sigue el trote verde de la caña, piensa mejor: piensa que es suya. Parte de su vida misma. Porque la regó con el sudor de su frente, de sus brazos, de sus muslos cuadrados. Y con la sangre que brotara de sus cortadas. El ha sembrado todo esto. En un comienzo sólo eran unas cuantas hectáreas alrededor del Ingenio. Pero fue necesario producir más. Y, lógico, sembrar nuevos campos. Entonces la caña pobló nuevos terrenos. Al importarse semillas, se trajo hombres de otras partes y estallaron incendios en todos los montes. La quema fue abriendo camino a la caña que venía conquistadora. Así, ante la mirada triste de los trabajadores que nunca abandonaban a San Cristóbal, se abrieron una mañana diez mil hectáreas de caña madura. Y todos contemplaron maravillados el cañaveral que temblaba al toque de la brisa húmeda del Cerezo, que mordía sensual sus lanzas verdes.

Pero pronto volvieron espaldas para internarse en la tumba de hierro, ya que camiones rojos y verdes transplantaban nuevos hombres. Ellos— los nuevos—se metieron al Cerezo, al Palotar, a Chumungú enterrando sus muslos en el lodo. Fue hace mucho tiempo, pero jamás hubo retorno. El tampoco había de regresar. Para qué? Acaso esa caña no es de él? Esta tierra que muy pronto correrá hecha polvo, no es de él?

Rumbo al Palotar el cañaveral galopa!

CAPITULO III

Teddy salió temprano a caminar. Su madre arreglaba la casa y Don Eduardo había partido al campo. En la noche escuchó movimientos y gritos. Por eso, en cuanto hubo desayunado, fue por la puerta del patio rumbo a los bambúes. Se detuvo. Un azulejo saltaba entre las ramas. Yibo, el mozo de la casa, le había dicho que poniéndose los dedos sobre la boca y besando fuerte imitaría el cantar del azulejo. Así lo hizo, mas el pájaro se fue. Lo siguió con la vista: qué bonito volaba! Si él tuviera alas, podría volar como los pájaros? Pero Yibo nunca le quiso enseñar a silbar. Yibo malo.

Teddy tomó una rama seca para hurgar los huecos de arrieras. Bajó hasta la acequia. Una vaca-Múu! Múu! -y el ternero-Mée! Mée!-que corría, buscándola. El agua fluía silenciosa. Cruzó el puentecito. Se detuvo sobre la orilla, mirando la acequia. Introdujo en la corriente la varita y contempló las burbujas que se iban formando y que flotaban corriente abajo. Recordó: él sabía hacer botecitos. Fue por la pendiente, en carrera, a la casa.

-Tina! Tina!

-Qué quiere niño Teddy?-respondió la mujer, secándose las manos en el delantal.

-Un papel, Tina, un papel!

-Enseguidita niño, enseguidita. A qué tanto apuro?

Le dió el primer pedazo que encontró a mano.

—Gracias Tina, gracias—y se alejó corriendo.

—“Así se fue Colón, así se fue Colón—cantaba Teddy siguiendo el barquito que iba aguas abajo—sin viento, sin viento. Despacito, pacito.”

Cruzó la cerca del patio de los bambúes. No miraba a nadie: iba en el barquito de papel. La acequia se metió bajo el puente de la calle y el corrió para esperar al otro lado. Al salir el botecito, Teddy le siguió cantando—“Así se fue Colón”—. Avanzaba el agua por un cauce de concreto. Teddy fue saltando por la orilla. En una especie de noria que forma una represa se detuvo el barquito. Al paio. —“Sin viento, sin viento, despacito”—. Teddy lo miró desde la orilla. En eso, tomando la corriente que producía la bomba al chupar, el bote se fue aproximando a la represa. Teddy saltó sobre el puente y lo trajo haciendo uso de la varita, que no llabía soltado. Más abajo, por una estrecha canal, la corriente entraba al Ingenio,. Puso el barco en las aguas. —“Así se fue Colón”— y le siguió cantando.

Distraídamente Teddy iba hacia el Ingenio. Un silencio profundo pesaba sobre todas las cosas. Dentro de una semana—en zafra ya—SanCristóbal roncaría constantemente. Sudor y caña veinticuatro horas diarias. Pero entonces, cuando ya a Teddy tocaban las primeras sombras del Central, todo era quietud. No se movía una brusca. El agua transcurría, como todo en el Ingenio, silenciosamente. Por eso, cuando un colador detuvo el navegar de Teddy, se dió cuenta de que estaba en medio de San Cristóbal. Sacó del bote la mirada. En derredor, qué silencio! El solo en San Gistóbal! Nunca antes lo había estado. Sus padres no le permitían que bajara hasta el Ingenio. Dio unos pasos. Solo en San Cristóbal! Una sonrisa pequeñita cuajó en sus labios finos. Mas quedó serio. Estaba solo. Un ligero sobresalto fue deteniendo sus piernas. Qué rueda más grande: plum! plum! Así debe hacer cuando esté girando. Un balcón. Qué tubos más grandes! Para que servirán? Pero esas tablas están podridas; de subirse uno, segura-

mente se vendrán abajo. Teddy miró el batey. Hay una canal con escalones. Ja! Ja! Se metió y corrió a todo lo largo del conductor. Miró hacia el último piso— el tacho— y un ligero frío le apretó el pecho. Uy! que alto! Caminó mirando a todos lados. Se detuvo frente a las calderas. Cómo trabajarán aquí? Qué huecos! Se parecen al horno que tiene su mamá en el patio, que nunca usa. Teddy miró hacia el trapiche. Qué enredo! Eso es incomprensible. Tubos, coladeras, poleas, ruedas, etc. No le gusta eso.

—Mamáaa...!

La voz rueda fina por el conductor, sube a las clasificadoras, pasa por el tacho y regresa a Teddy por la espalda. Se da vuelta. Qué raro! Quién estará en el Ingenio? Comienza a buscar con la mirada. Nadie! Silencio! Empieza a temer. Pero si él esta seguro de que alguien habló.

—Papá—dice bajito.

Sólo consigue una ligera resonancia. Qué extraño! Le pareció que la rueda del trapiche le hacía señas.

—Mamáa—grita entonces, desesperándose.

La voz choca contra las calderas de enfrente, salta a las prensas, trepa al trapiche y vuelve a Teddy. No hay duda. Comienza a correr. Por dónde vino?

—Mamáaa...

Teddy corre y mete el pie en la corriente de agua. Qué bote ni qué bote! En su desesperación se dirige al bagazo. Feo! Contempla una cadena oxidada que sube hasta un andamio. Piensa que sería delicioso subir, pero después se hace tarde. Regresa al punto de partida. Por el tacho como que algo se ha movido. Espera. Nadie. Silencio. La volante del trapiche pareciera que ríe. Da miedo estar solo en un Ingenio tan grande. Los duendes. Dicen que son bonitos. Muestran juguetes de oro y llaman a los niños...Sin saber, uno se va tras ellos hasta sus cuevas. Y no se regresa. Uno se vuelve duende. Sobre todo si no se está bautizado. No recuerda bien si él lo está. Su madre nunca le habló de ello. Hay un ruido de murciélagos y

Teddy tiembla: se diría que lo están llamando: pss...! pss...! Sí, sí, cuando la mira fijamente, no. Está quieta. Pero en cuanto uno se descuida o mira para otra parte, siente que se está riendo. Sí, esa rueda grande se ríe. "Ángel de mi guarda mi fiel compañía, no me desampares ni de noche ni de día." Los ángeles son buenos. Están con Dios. Ellos cuidan a los niños cuando están en peligro. Tendrá duendes esa rueda? Teddy comienza a temblar fuertemente. Será por eso que sus padres nunca lo dejaron bajar a San Cristóbal? Siente voces y echa a correr. Vuelve a meter el pie en la corriente de agua. ¡Qué importa! Las voces se aproximan. Empieza a llorar. "Ángel de mi guarda mi fiel compañía." Se dirige hacia las voces que vienen del patio. Detiéndose en frente del alambique. El corazón le hace paf, paf, paf. Ya están cerca. Sólo del otro lado.

Teddy se sorprende. Su madre y Mr. Malley bajan al Ingenio conversando animadamente. Moza guapa la madre. Viene de falda azul y blusa blanca de algodón. Su cuerpo, dueño de una esbeltez natural, se mueve resueltamente.

-Mamy!

Teddy corrió al encuentro de su madre.

-Teddy! Qué haces por aquí?

-Tengo miedo, mamy, tengo miedo.

Sollozaba el niño y trataba de esconderse entre las piernas de su madre.

-Dispéñeme un segundo, Mr. Malley.

Apartándose un poco, habla a Teddy:

-Qué te pasa hijito? Por qué lloras? Quién te trajo hasta aquí? No te he dicho que al Ingenio no debías venir?

-Sí mamy, sí, pero no me di cuenta. Venía en el botecito...en el botecito, Mamy.

-Ajá. Seguramente Laura estará loca buscándote. Vente conmigo, pues.

-A dónde, Mamy, a dónde vamos?

-Por allí ...a caminar...a ver el Ingenio.

-Al Ingenio? No, Mamy, no. El Ingenio es muy grande. Asusta. Tiene duendes. Yo no voy.

-Duendes...Estás loco, hijito? Qué te ha sucedido?- preguntó, alarmada, doña Rubida.

Temiendo que Mr. Malley se aburriera, le indicó:

- Mira, allí, bajo la oficina del contabilista, está el Cholo. Dile que te lleve a casa.-Y lo besó en la frente.

Teddy se alejó corriendo por el césped.

§ • §

Mr. Malley es alto. Gueso. Profundas arrugas le cruzan el rostro. Vino de Jamaica. Lleva tres años trabajando en el Ingenio. Se cuenta que cuando llegó, dijo:

-Me pagan...

-Quinientos balboas- se apresuró a responder don Eduardo- con casa, comida, carro, gasolina, caballos...

-No es suficiente.

-Pero Mr. Malley, si le damos de todo. Nunca hemos pagado más. A Mr. Masines, que trabajaba con nosotros le pagábamos...

-Falta algo- cortó Mr. Malley.

-Qué es lo que falta? Ilumínenos.

-Mujer, señor, mujer.

Desde entonces, todos los años, Don Eduardo Dasalla consigue a Mr. Malley una mujer distinta.

Por lo demás, no es malo. Sólo que siente una inexplicable repugnancia al tratar con campesinos.

§ • §

Doña Rubieh, arreglándose los bucles, volvió hasta el sitio en que Mr. Malley se entretenía lanzando piedras a una desviación de la acequia que por allí pasa.

-Dispense que lo haya hecho esperar, Mr. Malley, pero

me ha sorprendido el estado nervioso de Teddy.

-No se preocupe, señora.

Y continuaron su paseo.

Caminaron frente al alambique alto y de vieja arquitectura. Zinc y más zinc cubría los grandes tanques y un laberinto de tuberías y poleas. A la derecha, bajo una galera que servía de taller, los camiones y tractores aguardaban la primera explosión para acarrear caña día y noche, hasta cuando las lluvias anunciaran el final de la zafra.

Caminaban ahora bajo los primeros techos del Ingenio. Sus pasos, ya sobre concreto, sonaban fuertemente. En especial los del jamaicano, que usaba unas botas gruesas, llenas de clavos. La dama, con paso ágil, elástico, esquivaba las grietas y desperfectos del suelo. Mr. Malley, observando el estado de la Hacienda, meditaba en todo lo que era posible hacer. No es que fuese ambicioso: a sus cincuenta años el sueldo presente y los ahorros acumulados eran más que garantía de una vejez tranquila. Sencillamente él venía de otras tierras. Había visto y construido cosas mejores. Decía con mucha razón: "En Puerto Rico, para ganar, es necesario hilar muy fino. Aquí, sin embargo, se gana de todas maneras". Todo esto vino de nuevo a su mente ahora que el paseo con doña Rubiela le permitía explicar ciertas cosas. Porque antes -sobre todo cuando miraba los campos abandonados- llegó a las mismas conclusiones: las maquinarias, el sistema todo, seguía tal cual fue construido veinticinco años atrás. La evolución, adelanto técnico, nada significaban al señor Dasalla, para quien era un sacrilegio reformar lo que su padre construyó. Por eso Mr. Malley sonreía con un poco de desprecio. Le hubiera gustado, por ejemplo, derrumbar el batey y el trapiche, y en su lugar montar uno nuevo, más amplio y productivo. Esas calderas de corte antiguo, reemplazarlas. Aquí sonrió ampliamente. Doña Rubiela, que lo observaba, no pudo contenerse.

-Quien a solas se rie, de sus picardías se acuerda.

-Oh, no! Nada de eso. Sólo pensaba en lo que se podría hacer con todo esto-respondió el Ingeniero, orientando las

pesquisas de la señora, que trataba de penetrar sus pensamientos.

—A propósito—dijo la dama—he sabido que Eduardo accedió a lo de la grúa. Me parece una idea maravillosa. ¿Cree usted que dé resultados?

—Casi que estoy seguro—respondió el jamaicano—He instalado muchos. Sólo que éste, por capricho de Don Eduardo, no pasará de ser rudimentario, primitivo, visto con los ojos de la técnica moderna. Pero con todo, probaré al señor Dasalla que las innovaciones no entrañan peligro alguno y rebajan el costo de la producción. Por ejemplo: al instalar la nueva máquina suprimiremos el empleo de sesenta hombres que se han venido utilizando en el transporte de caña al conductor. Esos sesenta hombres transportaban cinco carretadas en media hora; la nueva máquina transportará cuatro carretadas cada cinco minutos. En esa forma necesitamos aumentar el acarreo de la caña desde los cañales hasta el Ingenio. Hemos acordado la construcción de “zorras”. Cada “zorra” transportará cuatro o cinco carretadas. A su vez utilizaremos los “caterpillar” empleados durante el invierno en el campo para el tiro de las “zorras”. Los camiones harán otro tanto, y así llegarán constantemente a la grúa trenes y trenes cargados de caña. Ahora bien, los hombres desplazados, los que manejaban las carretas, los que acarreaban la caña a hombros hasta el batey, serán empleados en el corte. Y se ganará tiempo, mucho tiempo.

—Oh, eso es maravilloso, increíble!— explotó Doña Rubiela, en infantil entusiasmo.

Dejaron atrás la fábrica para aproximarse a la galera que guarda la pesa. Corrían las diez de la mañana y el Norte comenzaba a soplar violentamente. Nubes pardas de polvo iban a morir en las primeras defensas del Ingenio. Otras seguían la carretera que sube hasta el portón, y llegando a la loma se levantaban en remolinos fantásticos como trombas poderosas, arrasando hierbas, briznas y papeles para soltarlos, cansadas, a ciento de metros más abajo. Poco a poco

llegaban por distintos caminos carretadas de leña que vaciaban en la parte de atrás del Ingenio, cerca a las calderas. Uno que otro camión pasaba lleno de hombres y se perdía en el camino que lleva hasta el Cerezo. En el "comisariato" había cierto movimiento. Caballos sudorosos y cansados aguardaban la última compra del amo para tomar el camino del Seco, Potuga, Chumungú, Palotar, de donde no regresarían hasta que la zafra, allá por Abril, hubiese concluído.

Mr. Malley y la señora, dando por terminado el paseo, se dirigían hacia la casa, cuando hasta ellos llegó el ligero galope de un caballo que indudablemente venía del Cerezo. Estaba cerca ya y ambos se volvieron hacia el jinete. Al reconocerlo, Mr. Malley exclamó:

-Hello Ricardo...!

-Qué tal, Mr. Malley, cómo se encuentra?

Y volviéndose a la desconocida:

-Buenos días!

-Buenos días- respondió la mujer, sin dejar de notar lo seco del saludo.

-Ricardo- dijo el Ingeniero-, la señora de Dasalla.

-Ricardo Gómez, a sus órdenes.

-Mucho gusto- contestó doña Rubiela, mirando a hurtadillas al recién llegado.

Un sombrero pintado sujetaba su cabello castaño.

Eran sus ojos firmes y grandes.

-Qué te trae por estas tierras, Ricardo?

-Gajes del oficio, míster. La bomba del Número Uno está dañada y he venido a buscar a Salomón. Lo ha visto?

-No, pero seguramente estará en la Fonda.

-Voy por él. Esa bomba debe estar trabajando.

Y se marchó.

Doña Rubiela sonreía.

-Quién es ese tipo...?

-Raro, verdad?

-Sí. Muy raro!

-Es Ricardo Gómez-explicó el jamaicano-. Un buen muchacho, a quien aprecio bastante. Por aquí se cuentan muchas cosas de él, pero nadie sabe a ciencia cierta la verdad.

-Se me antoja que no es campesino-afirmó la señora Dasalla, insastifecha con la explicación.-No parece de estas tierras.

-Oh, no. Yo diría que sabe tanta ingeniería como yo. Ha leído bastante y razona claramente.

Llegaron a la casa. El calor invitaba a un refresco. Se sentaron.

-Scotch and soda, Mr...?

-That's right- y rió alegremente el Ingeniero.

Mientras se conseguía la bebida, el jamaicano, solo en la cómoda sala, se dio a mirar desinteresadamente unas ampliaciones fotográficas. Sobre la mesa descansaba una revista. Debajo, el periódico del día anterior. Se disponía a mirarlo cuando pasos finos anunciaron el regreso de la señora Dasalla.

Tomaban inexpresivamente. En la tela metálica el viento dejaba un sonido fino. De los bambúes bajaba el canto seco de los azulejos.

-De dónde vino ese Gómez?-inquirió Doña Rubiela, rompiendo el silencio que espesaba minuto a minuto.

Y aclaró:

-No sé qué he notado en ese muchacho. Hay en él algo que no podría explicar.

-No me sorprende su pregunta, madame-dijo Mr. Malley.-La esperaba. Algo parecido me sucedió. Yo he sido individuo que siempre me ha importado más lo que los hombres hagan que ellos mismos. Quizás esté allí la causa de que sea yo tan mal fisonomista. Pero cuando ví a este muchacho Gómez, sus facciones, su modo de ser-porque casi no habló- me impulsa-

ron a hacer amistad. Después conversamos. Mas de su vida, de todo el tiempo que vivió antes de llegar aquí, nada supe. No quedé contento, y cosa rara, quise averiguar la verdad por otras fuentes. Lo único concreto que arranqué a sus conversaciones es que estuvo algún tiempo en un campito que queda a orillas de la carretera y que llaman El Higo.

Mr. Malley tomó un trago.

-En el último viaje que hicimos a la capital don Eduardo y yo, de regreso, hice que entráramos al Higo un segundo. La tierra es bonita. Al primer hombre que tropezamos pregunté:

-“Oígame, sabe usted dónde vive Ricardo Gómez?

El hombre me contestó rápidamente:

-Allá, en la casa de Chefa, le pueden dar razón.

Anduve solo hasta la casa. Llamé:

-Ya voy, ya voy-respondió una voccecita desde el fondo de la casa.

Luego, en el umbral de una puerta angosta, apareció una vieja, que se acercó cojeando.

-Qué quiere...?

-Vive aquí Ricardo Gómez?

-No señor. No tá por estos contornos.

-Sabe usted dónde encontrarlo?

-Tampoco. Un día cualquiera Chelapá y él se perdieron.

-Podría usted decirme-dije buscando familiaridad al sentarme en un banquillo que no me había ofrecido- de dónde vino ese muchacho Gómez?

-No. Cuando han preguntao la misma cosa to'l pueblo responde: “Naides sabe cuándo llegó ni de aónde vino. Trajo la muerte en su ser y aquí le dimoj vida”.

Volví al carro. Don Eduardo, al verme, preguntó:

-De qué ríe Mr. Malley? Ha sucedido algo?

-Oh no; nada!”

-Desde entonces no insistí más. Lo he visto a menudo pero hemos conversado poco. Creo que no le inspiro simpatía. Hace tiempo está en el Cerezo. Sale raras veces y conoce la Hacienda mejor que Don Eduardo.

-Vive solo allá?

-Bueno...si y no! A más dé las relaciones forzosas con los trabajadores, sólo tiene un amigo. Lo llaman Chelapá; un campesino en el que Gómez ha influido mucho. Son inseparables.

Mr. Malley se recostó al respaldo de la silla. Saboreando el whiskey encendió un cigarrillo. Quedaron largo rato pensativos. Un camión pasó dejando gritos y blasfemias. Desde la cocina subía olor a frituras. En la acequia bañaban un caballo.

-Me voy, señora.

-Cómo, no almuerza con nosotros...? Eduardo no demora.

-No, gracias. Debo hacer algún trabajo.

CAPITULO IV

Mientras galopaba hacia la Fonda algo inusitado ocurría a Ricardo Gómez. Advirtió de pronto que pensaba en la señora Dasalla. La encontró bonita, y simple también. Recordó sus cabellos largos, brillantes; sus labios carnosos y sensuales, sus líneas suaves y firmes a un tiempo mismo. Qué habría en el fondo? A pesar de lo fugaz e inesperado del encuentro, creyó vislumbrar cierta ingenua frivolidad. Era el tipo. Inconfundible y universal. Sinembargo, algo en ella resultaba atractivo, francamente agradable. Al notarlo, Ricardo se disgustó. Se había creído fuerte e invulnerable y acababa de saber que no era verdad. ¿Qué había pasado? Tanto podía esa mujer? Acaso iría a turbar la tranquila monotonía de su vida? Y por qué no? Se dejó ganar por un sentimiento nunca antes experimentado, y se entregó al placer de imaginar mil coyunturas dulces.

La proximidad de su destino lo volvió a la prosa de la tarea inmediata, y cambió de pensamiento. Ahora sólo importaba encontrar a Salomón. Regresarían enseguida a los cañaverales y pondrían la bomba a funcionar. Urgía dotar de agua a ese cañal.

Amarró el caballo a un poste y anduvo hacia la casa. Siempre que llegaba a la Fonda una invencible repulsión lo poseía: esos cuartos oscuros, esa mesa negra, sin mantel, poblada de moscas, ese constante olor a carne vieja y a comi-

da abandonada le traían a la memoria el día primero de su arribo. Fue allí, precisamente, donde comprendió lo que la vida era en estas tierras. Un hombre dormía sobre la mesa. Chelapá y él pidieron de comer. Una mujer voluntariosa despertó al hombre y lo apartó. Inmediatamente puso encima unas cucharas y trajo la comida. Aquel día, todo el día, no pudo comer. Después terminó por habituarse.

-Salomón!

-Ey you! -respondió una voz desde el interior.

Ricardo atravesó el comedor y fue hasta la rancharía del patio.

-Qué quiere, Ricardo?

Salomón era un negro lleno de historias. Llegó cuando la construcción del Ingenio y, desde entonces, anduvo por los alrededores. No podría hablarse de los cañaverales, del cabezote, etc. sin mencionar al negro Salomón.

-La bomba del uno se dañó y hay que repararla enseguida. Nos vamos.

-Enseguida...?

-Inmediatamente. No hay tiempo que perder.

-No comemos?

-Allá.

-Oh...está bien.- Y fue por su montura.

Subieron por el camino viejo: un trillo angosto con la frente partida por carriladas de la última carreta. Medio día en punto. Los caballos soltaban luminosos hilos de baba que se adherían como un rejo al polvo chocolate. Palomas tierreras escarbaban en la orilla del camino. A trechos, corpulentos corotúes prestaban una sombra fresca, salpicada de puntos negros. Y toros viejos, vacas cansadas, terneros soñolientos rumiaban una siesta imposible.

Trotaban ahora entre cañaverales. A cada lado kilómetros y kilómetros verdes, y un perfume de cogollos frescos. El calor enervaba. Bajo el sombrero, la transpiración corría car-

nes abajo por efímeros cauces. Y a veces, en el viento que andaba retrechero, las lanzas encendidas del cañaveral derretían las quejas de la hojarasca rastrera y sin destino.

Tomaron el camino carretero. El panorama se explotó verde, verde, hasta el horizonte luminoso de los birulíes incandescentes. Temblaba a ratos el cañaveral, como mujer celosa; se oían pasos sobre las hojas secas.

-Jilooo...! Goloso...!

Y nada más. Porque el camino seguía largo, largo, y de los belfos estáticos colgaban hilos luminosos de baba. Por momentos traía el viento el quejumbroso andar de una carreta que iba por otro camino. También se tropezaban jinetes que venían hacia el Ingenio. Y todo era un "quiubo" o un "qui'ay", porque aquí todos los caminos tienen paradero. Se viven los viejos tiempos de violencias y conquistas. Triunfa el bíceps hipertrofiado y el corazón voluminoso. Todos los pasos son geométricos: azúcar! azúcar! como el golpe asmático de la volante o el bailar de la centrífuga sobre sus caderas de bronce. Gente buena y sufrida. Tres siglos de opresión mataron sus sentimientos. Sólo saben de los misterios del viejo Chuzo que surca el Río Grande y de los lamentos en las "Madreviejas" de su ancestro vencido. Tierra confiada a la voluntad de un hombre que recibiera de sus antepasados la consigna inalterable de matar o morir.

Doblaba el sol cuando Ricardo y Salomón desmontaron a la sombra de un robusto guachapalí. Luego fueron orillando la cerca hasta un portón que abrió sin dificultad. Entraron al cañaveral conocido por el Número Uno. Aquí la denominación sólo obedece a la necesidad de orientar y regular el corte. En ningún momento a la calidad del producto, ni a la agrupación en determinado terreno, de cierta clase de semilla. Claro que últimamente, sobre todo bajo la constante presión de Mr. Malley, se había importado semilla. Pero no fue sembrada con método. Se le entregó a Eduardo y él hizo lo que siempre. Por otra parte, esa tierra nunca supo de arado. Ahora, en los últimos tiempos, siempre bajo la constante indicación de Mr.

Malley, se permitió el uso de algunos tractores, pues el señor Dasalla repudia las máquinas.

Después de haber caminado medio kilómetro siguiendo el trillo que bordeaba el cañaveral, Ricardo y Salomón llegaron a la bomba. Una galera de zinc, estrecha y frágil, guardaba la máquina. Por una ventana, el tubo absorbente bajaba al río, pocos metros más abajo. El agua subía para caer violentamente a una noria en la parte trasera del galerón. Luego iba por una canal madre a repartirse en la tierra.

Entraron. Una mirada rápida puso a Salomón en conocimiento de los desperfectos: la faja de la polea se había desprendido.

—Oh, no es nada, Ricardo—dijo, y echó a reír, Salomón.—Pa eso lo hace usted venir a uno? Por qué no me dejó en la Fonda?

Ricardo explicó:

—No vine aquí siquiera. Saliendo de Chumungú tropecé a Eduardo que te iba abuscar. Como él debía irse al Seco, yo me ofrecí para buscarte.

—Oh, no es nada, Ricardo. No es nada—dijo, esta vez arrepentido, Salomón.

Fue hasta una cajita y escogió algunas herramientas. Agachóse para reparar la máquina. Gómez, sacudiéndose los pantalones con el garrotillo, salió hacia el río. Frondosos guabos tendían una sombra fresca sobre las aguas que transitaban silenciosas. Rastrojos y hierbas sobre los barrancos. Hacia un lado, entre dos guayabos adolescentes, bajaba un sendero cubierto de polvo. Ricardo fue sin prisa y, quitándose el sombrero, se sentó sobre unas raíces que la voracidad del río dejó suspendas en el aire. Serían las tres de la tarde. El Río Chico rumoraba sus últimos instantes de soledad, antes de confundirse con el Río Grande media milla más abajo. Sereno y majestuoso se deslizaba entre altos bancos que adornaba uno que otro toro rumiando la hierba.

“Hombre o ambiente—meditaba Ricardo.—Las dos cosas.

Se interdeterminan. Uno hace al otro y éste a su vez es hecho de su creación. Pues, cuando no es posible la armonía, uno de los dos deja de existir. El más débil, por lógica. Mientras exista la naturaleza como una fuerza que reclame condominio en la existencia, habrá dictadores, razas fuertes y razas débiles, caciques y tiranos, porque el ambiente crea sus propios sujetos. Sólo aquel que comprenda éso y se rebele, podrá imponer su criterio, pues la naturaleza no exige mucho: únicamente pide condominio. Es por lo que, en estas tierras, a pocas millas de una civilización que corre rugiendo por una carretera sifilítica, viven hombres los viejos tiempos de ignorancia y esclavitud, de miseria espiritual. Pero un día vendrá el despertar. Esos hombres que hoy pasan horas y tejiendo rayos de sol con hilos de baba, despertarán. Y de nuevo habrá Urracás furibundos, Poncas y Lorenzos redivivos que danzarán salomas misteriosas sobre los restos de tres siglos de dominación”.

—Ricardooo... ya’sta! —gritó el negro Salomón, desde el cobertizo.

—Voy— respondió Gómez, quebrando el hilo de sus pensamientos.

Una cólera repentina se apoderaba de él cuando tal cosa sucedía. Y por una extraña asociación, recordó, con detalles, uno de los incidentes que más influyeron en su personalidad. Cierta vez, su hermano menor, que venía feliz por haber dado caza a una “rabiblanca”, se aproximó a la silla en que leía y le disparó un grito a quemarropa. El, fuera de sí, presa de cólera, le lanzó el libro a la cara, sangrándole la nariz. El hermano lloró y él fue hasta las trancas, mientras su madre socorría al herido. Allí reflexionó. Hizo bien? Hizo mal? Las dos cosas. Mal, única y sencillamente porque había sido su hermano el castigado. Por lo demás, estaba bien. Cada cual tiene el derecho de defender esa cuestión oscura y poderosa que lleva dentro y a la cual se abandona uno esforzándose por aislarse de un mundo que no ofrece más que pobreza y contradicción. Por eso estaba bien. Pero, haciendo justicia, no

había razón para golpear a nadie. Desde entonces, reflexionando en la tranquera cuando el sol cobraba perfiles sangrientos en los cerros, prometió ser paciente. Refrenar esa violencia ciega y no exteriorizar sus emociones. Posiblemente, de haber estado Salomón a su lado, la vieja escena se hubiera repetido. Pero ahora, subiendo el barranco, la ira daba paso a un nuevo estado de contención y aparente serenidad.

-Ya'stá, Ricardo—repitió el negro.

La bomba daba las primeras explosiones y el agua comenzaba a subir.

Caminaron hasta la noria y los dos miraron complacidos cómo la represa se llenaba y, por la canal madre, salía el agua al campo.

Gómez se lavó las manos y la cara. Luego dijo:

-Tenemos que almorzar.

-Yes, sir.

Salomón sonrió, mostrando la inocencia de sus dientes de tiza.

CAPITULO V

Frescas son las noches del Cerezo. Suelos los ranchos a lo largo de la ribera derecha del Río Grande, se anuncian, cautelosos, en el parpadear de una guaricha o en la llama rojiza de una linterna. A veces sólo es un fogón a ras del suelo.

En la ranhería de Pedro Vanegas se calienta café. Isabel, la mujer de Pedro, que en un tiempo fue la mejor cantadora de tamboritos, tararea entre dientes una tonada mientras enjuaga totumas. Corre el viento frío del Norte y se siente el ruido seco de las frutas que caen. Una carreta tardía llega hasta el corral y desunce, oyéndose luego el denso ayear de la boyada que se mueve. El peón, yugo al hombro y reatilla en mano, se aleja entre las sombras. El viento continúa mordiendo la paja de los ranchos, y las majaguas de las alfaldas penitentes gimen.

Abajo, en el pedregal, el río brama. De pronto, quebrando el murmurar de estas noches secas, se siente un grito largo y profundo que se va explayando: una saloma salta a las sombras y se riega frente a las estrellas, dejando una resonancia triste, sugerente. Y se oye enseguida otra saloma que responde a aquélla y va languideciendo en los pasos del hombre que se aleja por caminitos improvisados entre los yerbatales. Y sigue en la noche el desafío. Uno por el Norte, más allá del río, y el otro, acá en el Sur, acaso rumbo al

Palotar. Así, las noches campesinas se llenan de salomas, cantos tristes, melancólicos, que saltan como hijos de una liturgia misteriosa, para contar la historia de unos hombres buenos, ensimismados, que a veces, cuando el sol declina y las sombras fluyen veloces del Oriente, cuelan su mutismo de siglos y el dolor de sus esperanzas frustradas en esos cantos agónicos que se pierden dejando un temblor imperceptible en los birulíes de los cañales. Dolores de pueblo defraudado, quejas de raza moribunda.

-Será Fabricio-dijo Isabel-. Ese es su canto.

-Ná tiene. En el Palotar tan arreglando.

-Me habrá traío Cosmito la breva?-terció Juancho, pensando en el hombre que pocos momentos antes había desyuntado.

-Es hombre de buena memoria-sonrió Chelapá, mirando a Isabel que venía con las totumas.

-Ya'stá er café! Er que quiere rapaúra, que la pique-anunció la dueña de la casa.

Se corrieron los banquillos. Hubo un ligero silencio sólo estropeado por el golpe corto de la cuchilla picando raspadura.

-Er mío, tinto.

Sentáronse cómodamente, dispuestos a saborear el café de la inquieta Isabel. Casi al mismo tiempo humearon cinco pipas. La mujer lió un tabaco.

-Ya prontito es zafra otra güerta-recordó la mujer, que no en balde tenía fama de hablantina.

Se decía: "El guargüero d'Isabel es como trapiche en molienda: no para; comiendo o hablando."

-Como qu'es la otra semana- corroboraron.

Chelapá fumaba plácidamente. Su mirada buscaba alguna voluta de humo que el viento hubiera olvidado. Quizá, pensaba profundamente. Se diría que no le importaba la conversación o que le hacían falta palabras.

-Dicen que nu hay gente.

–Así parece. Por mi parte...

–Güeno Chelapá, a usté qué lé pasa...? Tá como burro embarcao! Despabilese! Tome sin asco, qu'er café no tiene daño– bromeó la Isabel, haciendo volver la mirada de Chelapá.

El viento continuaba arrastrando hojarasca y se oía el chirrido de una hoja de zinc que forzaba por desprenderse.

–Gente habrá– terció Chelapá, sin prestar atención a la chola– y más que antes. Por lo menos acá en el corte. Es lo que dice Ricardo.

–M'alegro que lo haiga mentao; qu'es d'el?– preguntó, burlona, la Isabel.

–Cuando salí estaba en la ranchería. Ahora mismo, ni el Malo contesta.

–Nunca tá quieto. Anda como perro con vejiga– sentenció la mujer.

–Er ej distinto a toos nosotros– intervino Pedro Vanegas.

–Es la verdad –ayudó Chelapá.– Ayer, al terminar de leer un libro que le prestó Mr. Malley, vi que salió al patio y colocándolo en un tuco lo partió en dos con un machete. Dijo: “Hace diez años sólo leo estupideces”, y montó a caballo.

–Esa ej otra cosa: siempre ta leyendo argún visaje.

–Cierto es, Isabelita. Siempre está leyendo. Pero sabe usted una cosa? Libro que lee es libro que rompe o pierde. Una tarde, lanzó al río unas novelas. Le dije: “Ricardo, yo quería leerlas”, y me contestó: “Tonterías, Chelapá. Babosadas.” Y caminó hacia la ranchería. Yo seguí mirando los libros que iban corriente abajo.

–Ese hombre ej condenao – explotó la Isabela con una carcajada aguda.

Los otros parecían no haber oído nada. Fumaban, pensativos. A veces se sentía el mugido largo de un toro. Y cuando el viento amainaba, hasta el rancho subía el rugir del río en el pedregal.

–Isabel, y er Menegirdo, ya llegó?–inquirió Vanegas.

-Uy, Pedro, deje prima noche.

Y, parándose, anunció:

-Voy por el agua.

La mujer tomó una lata y los hombres se levantaron.
Antes de retirarse, uno preguntó:

-Habrá bichos ejta noche?

-Si er viento para, sí- aseveró Pedro Vanegas.

Los hombres se fueron. Serían las nueve.

CAPITULO VI

Pedro Vanegas es mestizo. Nadie sabe cuándo llegó. Todos dicen que lo encontraron en esta tierra. Una cicatriz enorme —de machetazo— le adorna la parte inferior de la cara. Habla poco, y ya dobla los cincuenta. Isabel es la tercera mujer. Vive con cuatro hijos. Se cuenta de Vanegas que cierta vez, de regreso del pueblo, deteniéndose a treinta metros de la casa, dijo:

—Jum, argo malo ha pasao aquí...

Bajóse del caballo, trepó al chiquero y cayó a la rancharía. Husmeó y sintió que alguien rezaba. “—Ampáralo, Madrecita, que maj tarde m’iré detráj—” rogaba su mujer, Andreíta. Volvióse lento al patio y encontró las huellas que buscaba. “Aquí tuvieron ahorita mesmo a caballo” se dijo, y retornó al rancho. Pateando la puerta cayó a la esterilla, como toro que salta una tranquera. Gritó:

—Andreíta, quién ej?

—Quién, Pedro, quién?— respondió, sobresaltada, la mujer.

—Mira Andreíta, yo no toy pa embustes. Decime quién ej, que no te parto laj entraña porque soj machorra y porque...

Desvainó el machete. La mujer, temblando y atragantada, dijo:

—Aquí tuvo Tino Mengal.

—Perra! Parición de loj infiernos. Te largai ahorita mejmo! Y agradece que no te parto.

La Andrea se fue. Cuando ya la hubo perdido en el

horizonte montó a caballo. Seis horas galopó. A media noche tropezó a Tino Mengal en un embarcadero. Acercándose, grito:

–Tino Mengal vengo por vos. Soy Pedro Vanegas y rato hace corro pa' cá.

–Qu'ej lo que pasa Pedro, que cargai apuro?–gritóle el otro, descolgando el machete del arzón de la silla.

–Eso mesmito Tino. No te hagai er pendejo. Si querei mujer, mantenéla. Si no, críala deje chiquita.

Desmontó el hombre y caminó hacia el otro, que se acercaba. Qué de oscuras intenciones se agolpaban en el corazón de Pedro Vanegas, y qué predisposición para la muerte alentaba a Justino Mengal! Hombres del campo, espíritus abiertos que confían al machete su venganza y prestan a la décima su malicia. La ley son ellos mismos. Dios sólo dirá quién tuvo la razón. La sangre es caliente como los llanos que se hacen polvo y brota por diez cortadas cuando el honor lo exige. Pedro Vanegas no odia; Tino Mengal no tiene miedo. Pero, pronto, la furia se hará espumas y el campo volverá a chupar la sangre que prestó. Ya están uno frente a otro. Vanegas tiene los ojos muy chiquitos, y desnuda el machete. Mengal hace otro tanto. No se necesita explicación: saben de qué se trata. Desde la barrera del embarcadero otros miran, pero no intervendrán todavía. La ley del campo lo prohíbe.

Cruza un destello la noche clara y se siente un ruido metálico: chocan los machetes. Hay gritos. Insultos. Maldiciones. Pero sólo saltan quejas de la noche macheteada. Los hombres de la baranda se enardecen.

–Ahora Tino!

–Cuidaooo...!

–Dale, Tino!

Suenan los machetes como cántaros de plata. Ya el suelo bebe sangre y la noche sigue cuajando relámpagos diminutos. Ley de la fuerza y el honor. Un golpe... otro! El tajo salvaje y la sangre que echa espumas. De pronto, un silencio. De la barrera bajan y un grito preña la noche.

–Ay hombre...!

Pedro Vanegas se aleja, doblado sobre el arzón, cuando

la madrugada inocente clava arreboles por una esquina. De entonces es la cicatriz de la cara. Y cuentan, también, que por un machetazo entre las piernas no es hombre entero. El nada dice. Es casi un hombre mudo. Cuando algún tiempo después le dijeron: "Pedro, Justino Mengal se murió", sólo dijo: "Era macho". Pero ha sido siempre un hombre bueno. El respeto – temor más bien– que infunde es quizás causado por el ceño adusto que muestra a menudo. Y no ríe. Sus bíceps son poderosos. Su tórax ancho; su nuca robusta. Verlo reír parecería grotesco. Quizás lo presienta. Lo cierto es que nadie recuerda haberlo visto jocoso.

Cuando se supo que Pedro Vanegas se había sacado a Isabel, la tableña, hubo comentarios:

–No decían que nu era hombre entero?

–Sí pué.

–Amanecerá y veremos.

–Habladurías de la gente.

Y fue Isabel, la de por allá abajo, la tercera mujer de Pedro. Relatan que la cosa sucedió durante la celebración de la fiesta del santo patrono, cuando no quedaba gente por los alrededores que no bajase al pueblo. Se celebró la misa como de costumbre. En la pequeña iglesia no sobraba espacio ni para los llantos de los chiquillos, desesperados por el calor. Allí la vio y nada le dijo. Pero fue en la corrida de toros. Pedro tenía fama de riatero desde tiempos atrás. La plaza estaba llena de gente. Explotaban cohetes y a lo largo de toda la barrera los gritos, cantos y maldiciones se apretaban como las personas. Soltaron un toro que se lidió maravillosamente. El público deliraba. Vanegas estaba dentro del cerco, serio y tranquilo, cuidando las reses que la Hacienda había prestado para la corrida. Y transcurrió la tarde entre décimas y blasfemias. Mas al final, cuando ya los ánimos se aletargaban, saltó a la palestra un toro isleño de afiladas astas y jadear nervioso. Amainaron los gritos y sólo quedó en la plaza un discreto murmullo. El ganado isleño tenía renombre. Se rumoraba que crecía salvaje, que nunca veía gente; que no sabía de pases ni manteos. De séguirse el programa, el toro sería montado.

Había ahora un profundo silencio en toda la barrera. Las miradas iban del animal y los toreros, que no osaban moverse, hasta Vanegas, parado cerca al bramadero de la plaza. El toro bufaba, levantando polvo con las patas, que lanzaba a los espectadores más cercanos. Alguien gritó:

—Güeno y qué esperan...?

Santo y seña. El griterío se fue extendiendo como candela en pajonal. La bestia aceleró los bufidos y el público, iracundo, clamaba movimiento. Mas los toreros no se movían. Fue entonces cuando Pedro Vanegas entró en acción. Caminó hasta el centro de la plaza, miró fijamente la bestia, que lo seguía con la vista, hizo un ademán pidiendo una manta, y el torero más cercano se la cedió. Un silencio de muerte llenó el ruedo. Hasta la misma cantina, siempre escandalosa, parecía estar a la expectativa. Vanegas comenzó a andar. La fiera lo miraba impasible, con las patas tiasas, los cuernos afilados. Vanegas caminaba cauteloso pero firmemente: la manta recogida, los ojos puestos al medio de los cuernos. Era una temeridad. Ya debía haber extendido la manta: Mas Pedro siguió caminando. Qué iría a hacer ese hombre loco? Vanegas se detuvo. Abrió la manta, que brilló roja en la tarde seca de Julio. De pronto, un bufido infernal y la bestia arremetió. Un griterío desesperado partió de mil gargantas. De nuevo otra embestida: Pedro Vanegas toreaba! Llevó al animal hasta una esquina y soltó la manta. La gente gritó: "Loco! Bruto". Mas el hombre caminó hacia la bestia que, al verlo venir, arrancó. Un paso rápido seguido de un ágil salto hizo a Vanegas dueño completo de la situación. Hombre y bestia lucharon unos instantes, hasta que la pericia de Pedro Vanegas se impuso, y el animal rodó impotente.

Otros se acercaron y se cinchó al cornudo. Fue entonces cuando Pedro advirtió que, desde la barrera, una mujer, entre gritos frenéticos, le arrojaba su sombrero. Y salieron juntos esa tarde. Desde aquel día, Isabel fue la tercera mujer de Pedro Vanegas. Pero ella también había tenido hombre. Y cuando llegó al Cerezo iba con su hija Petita, que creció lozana tostándose en los arenales del río.

CAPITULO VII

Aún brillaba la luna y, sin embargo, llenaban de pasos el corral. Serían las tres de la madrugada. El viento pasaba cargando un aliento de bueyes. También se oía a un cholo divertido sonar cazonetes en las aguas del río.

-Quién enyuga, Chelapá?-preguntó Ricardo.

-Seguramente el Cojo y los muchachos del Puerto. Creo que están cargando leña.

-Entonces vamos parádonos. Pedro ya estará en el corral.

-En su rancho hay luz. Debe ser la Isabel haciendo tortilla.

Corría una brisa fresca. De la luna sólo llegaba un tenue resplandor. Al pasar frente al corral, oyeron a Pedro repartir las yuntas.

-Tú Coso, lleva a Lucero y al Brujo.

-Chan carreteará con Campanilla y Bufeo.

-Y tú...

Fra Pedro Manotas el mandador. Su profundo conocimiento

agua. A esa hora el río baja tibio y sólo se tiritita cuando se está sobre la arena.

–Hoy llega la Petita–rompió, de golpe, Chelapá.

–Hoy?

–Sí, hoy.

–Menos mal.

–Por ahí dicen que tú y ella...

–Si las mujeres no fueran mujeres, serían interesantes.

–Dicen que te han visto con ella... –insistió Chelapá, mientras Ricardo buscaba algo por la ribera opuesta.

–Es una lástima que las mujeres hablen.

Chelapá no preguntó más. Sobre la arena se vistieron, y fueron a ensillar. De paso llegaron hasta la hornilla de Isabel, por desayuno.

§ • §

Después de recorrer algunos cañaverales y de cerciorarse de que todo estaba listo para el corte, Ricardo y Chelapá se dirigieron al Ingenio. Serían las nueve cuando divisaron la chimenea mayor.

–Ni parece que el lunes comenzara la zafra–comentó Chelapá.

–Lo mismo de siempre– respondió Gómez.

Y agregó.

–Yo iré a la oficina a arreglar un asunto con el contabilista. Te encontraré en la Fonda.

–Bueno, Ricardo. No tengo apuro.

Chelapá orientó bridas hacia la galera.

Estaba Gómez bajo las primeras sombras que proyectan los guásimos cercanos, cuando una voz fina, de mujer, le saludó.

–Señor Gómez, cómo está?

Era Doña Rubiela, que bajaba hacia el Ingenio.

–Buenos días, señora– contestó Ricardo, con ademán de continuar la marcha.

–Lleva apuro, Ricardo?

–Debo ver al contabilista.

–Ahórrese el viaje; la oficina está desierta.

-No es trabajo: aquí se está bien cuando se tiene qué hacer.

-Para usted el tiempo es oro- dijo, irónicamente, la mujer.

-Algo más caro: distancias.

-Conversamos un rato, señor Gómez?

-Eso hacemos, señora.

-No es muy galante que digamos.

-En estas tierras la galantería sobra.

La mujer tornóse seria. "Engreído", pensó. Mas, inmediatamente, soltando una sonora carcajada, dijo:

-Es una pose que se ha explotado mucho. Antes que interés, inspira antipatía.

Gómez bajó del caballo. Tomando el sombrero en las manos, anduvo hacia la Pesa. La brisa jugueteaba con su cabello.

-Es su opinión y no me molesta. Por otra parte, usted no es muy original tampoco.

Doña Rubiela tuvo deseos de gritarle: "Atrevido! Gómez, yo soy la esposa de don Eduardo Dasalla". Pero se contuvo. Nada hubiera adelantado. Sus ojos eran fijos. Su expresión, de una inalterable indiferencia. Se diría que hablaba solo.

-Hace cinco años no venía al Ingenio- dijo la dama, desviando el tema- y he encontrado las cosas lo mismo. Me desespera vivir aquí. El silencio... La soledad...

-El campo es para la gente del campo- justificó Ricardo.

-Qué me quiere decir?

Ricardo no contestó. Quedó como pensando en cosas lejanas.

-Hace mucho dejó la ciudad? -- volvió a preguntar la dama.

-Ocho años, aproximadamente.

-No añora esa otra vida?

-Absolutamente. Me quejo?

Ella dejó ver un gesto amargo, compasivo, que hizo sonreír despectivamente a Ricardo.

-Cómo es posible que se sienta bien aquí?

-No he dicho que me sienta bien.

Doña Rubiela notó cierto disgusto en el rostro de Gómez, pero fue sólo un instante, pues enseguida volvió a la naturalidad. Distintos pensamientos la acosaron. Qué extraño misterio ocultaba este hombre? Qué tormento interior lo consumía? Al hablar era sincero. Pero sus ideas se articulaban como un todo para hacer flotar a su alrededor un hálito de misterio, de cosa "tabú", como si fuera víctima de alguna extraña persecución.

Se despertó en la mujer un vivo interés. Un deseo de conocer mejor a ese hombre que conversaba casi siempre con monosílabos.

Sin saber por qué, recordó la triste experiencia de Fred, y se inquietó. Entonces quiso aplacar una oscura ansiedad indescifrable y encontró sólo un melancólico vacío. Una desesperante verdad que acicateaba más y más su deseo: todos los hombres son igualmente zonzos, infantiles. Y ahora, no padecía la atracción de una nueva aventura? La enamoraba el Deseo nuevamente, o sólo la cautivaba esa vida oscura y tumultuosa que ella imaginaba gravitando sobre la conciencia de Ricardo Gómez? No era para decirlo. Debía ser la Tierra; los caminos abiertos hacia alguna parte; las personas silenciosas, hurañas, como obedeciendo fuerzas desconocidas. Las voces aquí corren solitarias, sin ecos, y el cielo es profundo, realmente infinito. Doña Rubiela midió su pequeñez ante el paisaje. La reverencia y el cumplido eran recursos de otra vida. Entre la longitud árida del camino y el mutismo esquivo de las gentes encontraba una sutil correspondencia. Cosas del campo: los hombres, los objetos, los animales, bajan obedientes, inmutables, como el río, de la montaña al mar, por una misma cuenca, hacia el final que todos conocen, pero que no temen ni tratan de eludir.

Alteró sus pensamientos el hecho de que Ricardo se pusiese el sombrero y sugiriera partir. La señora Dasalla comprendió que era inútil pedirle que se quedara. Por otra parte, se apoderó de ella el deseo de estar sola, de meditar.

-Se va?

Por toda respuesta Ricardo caminó hacia el caballo,

esforzando una sonrisa.

-Nos volveremos a ver?

-Si los caminos se encuentran, señora!

Rubiela Dasalla miró al hombre que se iba. El viento mordía sus cabellos y jugueteaba en la pulpa de sus carnes frescas. Llena de angustia, confundida, sintió que dentro de ella germinaban mil preocupaciones inéditas.

§ • §

Ese anochecer encontró a Ricardo leyendo a la luz caprichosa de una guaricha. Chelapá, camino del río, tropezó a Eduardo Herrera, que venía de encerrar ganado. Se detuvieron a conversar sobre la única cosa importante para todos: la zafra.

-Cómo'stá la gente, le digo, Chelapá!

-Sí, ha llegado mucha.

-Eso ta malo, sabe? Er cristiano ej traicionero.

-Se sintieron unos pasos entre las brucas, y la Petita cayó sonriendo sobre la conversación. Venía del río, con el cabello húmedo aún.

-Güeno y'esa seriedá? - preguntó, mirando a uno y otro, alternativamente.

Esperó seria la respuesta. Un claro partido en medio de la cabeza dividíale el cabello en dos crenchas largas y negras.

Una peineta grande, vistosa, coqueteaba a un lado. La frente, no muy ancha, y unos ojos vivaces eran el mayor encanto de su cara trigüeña. Más abajo, los senos duros y redondos. Viéndola, se pensaba en los frutos maduros.

-Hablando del trabajo, Petita -respondió Chelapá.

-Y por eso tan amachinaos...?

Los hombres rieron. Chelapá, maliciosamente, dijo:

-Ricardo está en la ranchería.

La muchacha se alejó.

CAPITULO VIII

Rápidamente la Hacienda se pobló de hombres. Camiones pesados llegaban, trayendo cholos desde campos lejanos.

Por todas partes se improvisaron campamentos de cogollos. La Fonda llenóse de comensales y el Comisariato recibió los primeros vales. Dentro del mismo Ingenio notábase animación. Se daban los últimos ajustes al trapiche, y las centrifugas estaban instaladas. Muchos se asombraron al mirar la grúa, pero nada dijeron. Más tarde sabrían lo que era y para qué servía. Familias completas se radicaron en los alrededores del Ingenio, y muchas otras se fueron al Cerezo, Chumungú, el Palotar. La acequia se llenó con gentes que buscaban agua. Pero, todo ese apacible discurrir se trocaría pronto en desesperado trepidar de máquinas, gritos, chirriar de carretas.

§ • §

Fue primero un aullido largo, poderoso, que se alejó saltando de monte en monte para perderse más allá de las isletas.

¡Zafra!, zafra, en todos los cuerpos, en todas las cosas! Al grito ronco de la vieja sirena nueve meses de sueño reventaban. La grúa, larga y poderosa, llena de mazos de caña; el trapiche hambriento; la coladora quisquillosa, todo, todo despertaba al paso del jugo dulce que subía desde la tierra.

¡Zafra! ¡Zafra!

Y el batey se colmó de una violenta animación. Fueron llegando largos trenes de camiones cargados de caña. La grúa

—brazo de hierro— suspendía en el aire los mazos transportados y los dejaba caer, ruidosamente, sobre la cama del conductor. La picadora rugía, veloz. Subían toneladas y toneladas. Y del trapiche caía un chorro potente que dejaba en la coladera un saldo de polvo y basura. Por los caminos del Cerezo, Chumungú y Palotar llegaban tractores, “zorras”, y carretas transportando caña. Pronto estuvo el batey atestado de vehículos. Entraban a la pesa —treinta quintales—, e iban hasta la grúa a descargar. Desde los balcones del Comisariato; desde el portal de la Fonda; desde las rancherías; desde la vera de los caminos, todos se detuvieron a contemplar los primeros mechones de humo que soltaba la alta chimenea.

¡Zafra!

No hubo coros. No hubo alegría. Volvíase al viejo ritmo. La misma vida que todos despreciaban. Sólo la “sirena”, terca e insatisfecha pareció alegrarse unos instantes. Sus senos, caídos por nueve meses de espera, estaban flácidos, exangües. Y tuvo hambre. Entonces pidió hombres. Por eso, al sentir sus hondos alaridos, todos pensaron en los que no volvieron, en los que habían caído; en el triste destino de ser sementeras de azúcar, tierra sembrada. Y ese humo que se iba, que desaparecía, era el humo que soltaba el sudor de sus cuerpos quemándose, la sangre de sus cortadas abiertas.

¡Zafra!

Por el patio rondaba una cuadrilla de hombres asombrados. Iban y venían. Miraban, furtivos, al Ingenio, como preguntando, y quedaban estáticos frente a esa mano larga, poderosa, que levantaba sonriente toneladas de caña. No comprendían. El trabajo fue de ellos. Por años y años, durante veinticuatro horas, ellos hicieron eso. Al principio se pelaron los hombros. Hubo llagas. Pero después hicieron callo. De día y de noche acarrearón haces de caña desde las carretas hasta la boca abierta del conductor. No era posible. No comprendían. Esa mano... Y ellos? ¿Qué sería de ellos, ahora? Hubo uno que mirando la grúa soltó un hilo de baba, grueso, luminoso, flexible.

Dentro del Ingenio, el viejo ritmo. Guardando el trapi-

che, un hombre hosco, huraño. Allí vigilará todo el día. El más ligero descuido le costará la vida, o el empleo. Bajo el trapiche, la coladera. Dos chiquillos –diez o quince años?– tiran de largos rastrillos de acero. Doce horas estarán limpiando la coladera de polvo y basura. Y si, al final, sienten cansancio, es inútil. Sólo la vieja “sirena” avisará cuando llega el relevo. Si se duermen, la volante, esa polea nerviosa, o cualquiera otra máquina conocida, dará, mostrando sus cuerpos triturados, noticia de lo ocurrido. Y allá, en frente, sobre las calderas que rugen, negros rojos por el fuego lanzan troncos a las llamas.

§ • §

Ricardo Gómez atravesaba lentamente el batey: silencioso transeúnte entre hombres y cosas. Entró al Ingenio. Los años de su vida que llevaba consumidos en este monstruo! Sí, él sabía de todo esto. Fue en el trapiche. Como si hubiese sucedido ayer. Fuerte es el recuerdo: Silverio lo llamaban. De pronto, al golpe de las dos y media de la tarde, por sobre el jaderar de las máquinas, se oyó:

–Ay, ayayay, carajo! !

Un hombre –Silverio– saltó agarrándose una mano. No! Lo que había sido su mano. Porque ahora, sus dedos ilesos jugaban nerviosamente con el muñón del brazo izquierdo, en un esfuerzo por contener la sangre que saltaba, copiosa. Todos quedaron silenciosos, mirando las contorsiones de Silverio. En eso, la voz del apuntador restalló como un latigazo.

–Apártate, Silverio!

Salió al patio. Allá volvió a gritar:

–Un hombre para el trapiche!

Corrieron muchos y todo siguió igual. De Silverio nadie supo más. Esa tarde el azúcar se hizo con sangre y pedacitos de huesos.

Sí! Años de su vida sepultados en esta bóveda de acero y zinc. Cómo olvidarlos? Imposible. Pero... es necesario olvidar? Acaso no es más útil recordar siempre, recordar con detalles, por más dolorosos que ellos sean? Fue otro día. Es decir, otra fecha. Porque aquí no puede hablarse de días distintos. Son iguales. Oscuros. Sofocantes. Trabajaba él entonces en las

prensas, el departamento más asqueroso del Ingenio. Los trabajadores lo llaman con un nombre realmente gráfico, pues aquí se destila el guarapo que se considera de última calidad. Serían las cuatro de la mañana. Limpiaban una de las prensas. Detuvo un momento el trabajar, para encender un cigarrillo, cuando, por sobre el roncar de todas las máquinas, más fuerte que el ruido de las repisas de madera, constantemente temblando, se oyó un grito agudo, penetrante:

–Mamitaaa !

Salieron al balcón. Sobre el pavimento sucio yacía un muchacho que se había desprendido desde el techo, en el tercer piso.

Los otros volvieron a sus puestos. El quedó más tiempo sobre la baranda. No fue mucho, porque una voz seca escupió a su espalda:

–A trabajar.

Entonces fue necesario el olvido.

§ • §

Hay quienes sienten un dolor insobornable ante esos seres sin espacio que son los recuerdos. Sobre todo, si se saludan las mismas cosas de ayer. Surge de sorpresa una sutil conversación. Algo que es más bien un monólogo rumoroso. Nuestro espíritu, diferente ya, voluminoso, frente a esos objetos de un pasado carcelero, retorna a deshacer el sortilegio, a liberar al cautivo, a mofarse de esos esqueletos que vivían en nosotros como soberanos de una esperanza adolorida. Tal vez así pensaba Gómez cuando, bajo el tronar de las máquinas y la mirada prisionera de esos galeotes, parecía murmurar: “Yo no soy el de ayer. Yo no soy el de ayer”.

Con esta convicción entre los labios subió las escaleras temblorosas, camino de las prensas. De paso estuvo en la “Cacha”. Reinaba ese calor de siempre y los hombres iban y venían, atareados. Uno, muy joven, mostraba a otro sus manos quemadas por la cal. Ricardo sonrió. Cerca ya de las prensas, junto a “los dobles”, alguien le dijo:

–Qué hay, Ricardo Gómez?

Era un muchacho López, del pueblo vecino, delgado y

pálido que lo miraba con gesto mendicante. Ricardo le miró apenas y le soltó un "Qué tal", a secas.

El muchacho quedó mudo, con los ojos llenos de miedo y asombro.

CAPITULO IX

Tierras del Cerezo. Montes del Palotar. Rastrojos de Chumungú. Y, entre barrancos altos, el Río Grande corre al mar. En sus riberas la caña crece lozana, y a los atardeceres, sobre los arenales calientes, los cocodrilos hambrientos duermen una siesta merecida. Región llena de caminos y de promesas. Llanos extensos y desiertos, donde unos hombres tristes se ven forzados a existir entre el bramar potente y traicionero del río, de aguas yodadas, y los páramos de las isletas, junto al mar. Polvo y sólo polvo trae el Norte cortante para sus gentes atadas a los viejos tiempos de la Encomienda.

Y hay momentos —a la hora del crepúsculo— en que el campo infunde pavor. Después del alarido de los loros tardíos un silencio pegajoso va cuajando sobre las cosas. Viendo el agua ir por los canales cargada de penumbra. Los hombres no quieren caminar. Los animales se detienen y miran, recelosos. Y si algún pájaro canta, es el agorero “cualcojo”, pidiendo vidas, o el asmático cocorito, con su cantar hipado que

anuncia desgracias. Fuerzas sobrenaturales, algo así como un desconocido poder que fuese animando los objetos, imponen su presencia. Y el ánimo se sobrecoje. El silencio espesa a medida que las sombras avanzan de occidente. Del campo surgen voces. La tierra como que dialoga, en un extraño lenguaje, y los terrones desprendidos y las hierbas hospitalarias y la hojarasca vagabunda intentan una conversación. Se siente en el espíritu, en la materia, toda la fuerza de la

Naturaleza aherrojada que pugna por libertarse. Es la hora de las sencillas reflexiones.

§ • §

—Corte del Número Unol — gritó Eduardo Herrera, cuando ya los cortadores abrían trocha.

Y comenzó, para estos hombres, la zafra. Se abrieron en cuadrillas. Cada cual a su corte. Ellos calculan una carretada de caña y no levantan el busto hasta que no llegan al punto señalado. Se vieron como hormigas entrar al cañaveral. Un tajo rápido en la pata, otro igual en el cogollo, dos golpes de lomo para limpiarla y la caña, ya lista para el acarreo, describe un círculo en el aire y cae sumisa en el montón. Pronto hubo en el suelo varias rumas. Entraron las carretas. Se vio a los hombres presurosos llenar —dos a dos cañas— las camadas. Rato después las carretas se movían hacia la puerta. Salieron hacia la pesa, un aparato improvisado, rudimentario: tratábase de dos vigas de acero que sostenían otra, horizontal, de la que colgaba un cable con una balanza. La carretada de caña era suspendido por el cable, del que tiraban unos bueyes atados a una lanzadera, a corta distancia. De esta manera se efectuaba el pesaje.

Claro está que, debido al constante trabajo, y más que todo el abandono a que estaba sometido el funcionamiento de la pesa, no ofrecía ninguna seguridad. El cable a menudo se reventaba. Esa permanente amenaza creó en ellos un habitual estado de prevención. Cuando algún nuevo contratado por allí rondaba, creían un deber contar el caso de Ricardo Gómez. Cierta día que el apuntador faltó, fue aquél en su reemplazo. Estaban, como de costumbre, anotando el peso. Llegó —tirada por una yunta de cebúes— una carretada mayor que las otras. Todos advirtieron a Ricardo el peligro que corría de seguir parado, como lo hacía, exactamente bajo la balanza. Por una de esas cosas que suceden, en el momento en que izaban el haz de caña, el caballo de Ricardo, atado a la cerca, comenzó a corcovar: la montura, suelta la cincha, se había corrido hacia un lado, presionando sobre los testículos del animal. No bien caminó Gómez unos pasos, un ruido seco lo hizo volver-

se. El cable se había roto, y, sobre el suelo, justamente en el sitio en que debió estar se esparcía una carga de treinta y ocho quintales.

—Nu se lo decía, niño— observó Pedro Somarriba, un viejo empleado de la empresa, que ya no tenía ocupación precisa, y a quien Ricardo había llevado consigo en aquella ocasión.

—Poca cosa se perdía— contestó, sonriendo, el aludido.

§ • §

Pedro Somarriba era uno de los tantos campesinos que trabajaban para San Cristóbal. Había llegado tiempo atrás, y no intentaba abandonarlo. Si no lo hizo de muchacho, ahora menos. Estaba viejo, cansado, con un paludismo crónico. Por eso el apuntador, sin que él nada dijera, le traía de vez en cuando quinina. Claro que la descontaba, pero —gracias al cielo!—, siquiera le traía su quininita. Sin embargo, con todo y la medicina el frío siempre le pegaba. A veces, en pleno mediodía: estaba el sol en el cenit y comenzaba a temblar; era como una agüita fría que le caminara por todos los huesos. Y no lo podía evitar. Temblaba. Con todo el cuerpo, como si tuviera el baile de San Vito. Alguno le gritaba:

“Pedro, que te come er bicho!”. El no podía ni reírse. Al rato le pasaba, y volvía a la faena: trabajando sudaba la fiebre. El cristiano —pensaba Pedro— puede acostumbrarse a todo, pero a ese friío ni el mismo diablo puede. Si no, que lo diga el difunto Alpire, que murió acurrucado. En fin, el sufrimiento es del hombre. Peor fue lo que sucedió con Evaristo González. Había sido un hombre fuerte, grueso, y el mal lo puso delgado, sólo pellejo. Un día no pudo más y, en el corte de un cañal de Chumungó, vomitó la sangre. Gritaron: “Evaristo se muere!”, y todos corrieron a rodearlo. Desgraciadamente, vivía, y lo mandaron a la galera de zinc, esa casona tuberculosa que en las noches frías parece toser. Allí quedó Evaristo González escupiendo la vida hasta que un día feliz amaneció cadáver.

Y ese pobre muchacho del Puerto a quién mordió un lagarto en la pierna? Aquello sí fue triste. Venían cuatro: él,

José María, Concepción y Tita. Salieron del Seco y orillaron el río, con la esperanza de cazar algún guichiche. Más allá de la Boquilla, donde el río hace un playón, tropezaron lo que buscaban. Metiéronse al agua –allí no tiene profundidad y está poblada de yerbas– y, silenciosamente, caminaron hacia las aves. De pronto, en la tarde, explotó un grito:

–Ay, ayayay, me come er bicho!

Un lagarto, no muy grande, lo tenía cogido y pugnaba por llevárselo a aguas más profundas. Corrieron los demás en su socorro y con la ayuda de unos bordones, que por fortuna llevaban, lograron espantar al saurio. Mas no pudieron evitar que la pierna se contrajera y quedara a la luz el hueso sin músculo. Lo vendaron con un pañuelo y lo transportaron en una improvisada parihuela. Dieron noticias al apuntador y éste ordenó que lo alojaran, hasta que sanase, en la galera. No sanó. Se olvidaron de él. A veces, en las noches, oían sus gritos desesperados. Entonces alguien se acercaba. Un día, ya todo el cuerpo morado y lleno de manchas, murió gritando desafortadamente.

Su paludismo –se decía a sí mismo Pedro Somarriba nada es comparado con la desgracia ajena. Y recordaba mil ocurrencias más. La vida de todos ellos era una verdadera tragedia. Llegaban ilusionados y trabajaban con entusiasmo la primera zafra. Los que podían –muy pocos– regresaban a sus casas por todo el período de invierno. Los otros, los más, esperaban impacientes la estación seca. Y tenían que soportar, resignados, un invierno cruel que trae, además del golpe seco y terco de la lluvia sobre la tierra, la letanía desesperante de los sapos y el zumbido enloquecedor de los mosquitos. Esos sabían de las noches tenebrosas a la intemperie viendo al río crecer y crecer, rugiendo atterradoramente, para arrastrar sus ranchos y sus esperanzas; esos habían visto al amanecer un río harto, sin cauces, discurrir irónico; esos nunca más abandonarían a San Cristóbal. Una mezcla de sumisión divina y resignación fatalista los ataba inmisericorde.

A la sombra de los bambúes, Pedro Somarriba piensa en

el ayer. Hace meses lo agregaron al servicio de la casa grande. Ya el mundo de la caña no es para él. Y sigue con su paludismo crónico, sin apetitos ni ilusiones, esperando, resignado, su final.